



Instituto Superior de Letras
Eduardo Mallea (A-1369)

**Corrector especializado en textos académicos,
periodísticos y literarios**

**PENSAR EL PODER: ORWELL Y FOUCAULT,
UNA RELECTURA DE 1984**

Autor: Agustín Mojica

Tutora: Adriana Santa Cruz

Fecha de entrega: 12 de febrero de 2016

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
1. EL GRAN HERMANO TE VIGILA	6
1.1. VIGILANCIA.....	6
1.2. PROPAGANDA	13
1.3. AISLAMIENTO, SOLEDAD, TERROR.....	18
2. EL PRECIO DE LA CORDURA	23
2.1. PODER Y SALUD MENTAL.....	23
2.2. CONTROL DE LA REALIDAD.....	27
2.3. LOS SACERDOTES DEL PODER	32
3. LA TRAICIÓN DEL CUERPO HUMANO	39
3.1. LOS CUERPOS DÓCILES	39
3.2. EL ÚLTIMO HOMBRE	44
3.3. AGRESIVO SÍMBOLO DE CASTIDAD.....	48
CONCLUSIÓN	56
BIBLIOGRAFÍA	59

*—Nosotros somos los muertos —dijo Winston.
—Nosotros somos los muertos —repitió Julia con obediencia escolar.
—Vosotros sois los muertos —dijo una voz de hierro tras ellos.*

GEORGE ORWELL, *1984*.

INTRODUCCIÓN

A casi setenta años de su publicación, es indudable que la vigencia de *1984* se mantiene intacta. Al placer que, como ávidos lectores, nos produce ver a una gran novela perdurar a los avatares del tiempo, se contrapone, en este caso, una extraña incomodidad. Algo nos dice que no deberíamos sentirla cercana, que sería mucho mejor poder leerla como una mera fantasía paranoica, surgida de un tiempo al que miramos de lejos. Sin embargo, para bien o para mal (quizás, y más probable, ambas cosas a la vez) vemos que continúa siendo un hito ineludible en la ficción *distópica* y en la literatura en general. George Orwell imagina en ella una sociedad en la que los mecanismos de control gubernamental han llegado al extremo. A través de la ficción, desnuda y examina los engranajes que la maquinaria totalitaria (encarnada aquí por el Partido y sustentada por los lineamientos ideológicos del Ingsoc o Socialismo Inglés) pone en marcha para alcanzar un dominio absoluto sobre las poblaciones.

La historia se sitúa en Oceanía, una de las tres superpotencias en las que divide el mundo, y gira en torno a Winston Smith y a sus progresivos intentos de rebelión. Bajo la fachada de obediencia que está obligado a sostener, descrece de la propaganda oficial, y alberga ideas y emociones que el régimen condena. Conoce entonces a Julia, por quien se siente atraído. Pronto descubre que el sentimiento es mutuo, y así se convierten —en un mundo en el que el sexo y el amor son brutalmente perseguidos— en cómplices de un crimen que puede costarles la vida.

Ambos pertenecen al Partido Exterior, una casta de funcionarios rasos a cuyo trabajo incansable se debe la puesta en marcha del mismo sistema que los oprime. El Partido Interior, por su parte, constituye una élite acomodada de apenas un 2% de la población, y es el que verdaderamente mueve los hilos del aparato de terror. A este estrato privilegiado pertenece O'Brien, principal antagonista; la errada intuición de que se trata de un disidente político empujará a Winston a confiarle su propio rechazo a la doctrina oficial.

Entre tanto, desde la cima de la pirámide jerárquica observa el Gran Hermano, un misterioso líder que pone rostro humano al poder absoluto que la estructura condensa, y

al que se le atribuyen todas las supuestas bondades del régimen. Su contracara es Emmanuel Goldstein, enemigo público favorito de todos. La mitología oficial lo muestra como un importante partícipe de la Revolución, que decidió luego venderse a las potencias extranjeras y desde entonces vive oculto nadie sabe dónde, irradiando sus nefastas ideas de libertad. Clandestinamente circula *el libro*, un extenso ensayo cuya autoría se le imputa y que es considerado un compendio de las peores herejías.

A lo largo de este trabajo veremos que, aunque ficcionalizados, muchos de los conceptos de los que Orwell se vale para explicar la dinámica política y social de Oceanía encuentran su correlato en la obra de distintos autores que, desde un terreno no literario, también tomaron el poder como objeto de análisis. Veremos además que el trasfondo conceptual de la historia es mucho más profundo de lo que suele atribuírsele en el imaginario colectivo; el foco estará puesto en las temáticas que permiten vincularla con el pensamiento de Michel Foucault, ya sea para confrontar posturas o para señalar potenciales puntos de encuentro.

Nos permitiremos prescindir de los aspectos biográficos o coyunturales; no aportan nada relevante a nuestra línea de análisis. A esta breve sinopsis argumental solo añadiremos que la novela fue escrita en 1948 y publicada al año siguiente, poco antes de que la tuberculosis se cobrara la vida de su autor. La obra de Foucault, por lo tanto, se desarrollaría íntegramente de manera posterior: nacido en Francia en 1926, quiso la historia que su muerte a manos del sida llegara, precisamente, en el año 1984.

1. EL GRAN HERMANO TE VIGILA

1.1. VIGILANCIA

Conviene comenzar, quizás, clarificando algunos conceptos que nos servirán como base. Foucault emplea el término *poder disciplinario* para referirse a la mecánica de dominación social que surge en Europa a fines del siglo XVIII, tras desplazar a las formas tradicionales, como el feudalismo y la esclavitud. Hasta ese momento, las relaciones de poder se habían dado en un marco de explotación de los cuerpos a fin de sustraer el producto de su fuerza de trabajo. A esto se había referido ya como *poder de soberanía*: una autoridad ejercida de manera lineal, por un soberano único que basaba su posición dominante en alguna “anterioridad fundadora” (2007: 63): una conquista, una victoria, el derecho divino, la herencia de sangre. No obstante, “la relación de soberanía es intangible, frágil y susceptible de caducidad, por lo que necesita apoyarse en cierto complemento de violencia para que siga existiendo” (63). Aparecen entonces las reverencias, las señales de respeto a las insignias reales, la rodilla en tierra frente al monarca que desenfunda la espada.

En contraposición, tenemos el *poder de disciplina* o *poder disciplinario*. Este no se encuentra en manos de un individuo, ni persigue una finalidad de apropiación material. No se contenta con proclamar *soberanía*, en un sentido posesivo, de vínculos amo-esclavo, objeto-propietario. Por el contrario, se trata de un poder que “se manifiesta en el carácter implacable de un reglamento” (39), y que no apunta a “concentrar el poder en un individuo visible y con nombre, sino [a] producir efecto sobre su blanco, sobre el cuerpo [...] que debe ser tornado «dócil y sumiso»” (39).¹ Este nuevo mecanismo no buscará, entonces, sustraer aquello que los cuerpos producen, ni captar para sí su fuerza de trabajo: el objetivo ha pasado a ser el cuerpo en sí mismo, el control absoluto ya no solo de su productividad, sino de cada gesto o postura, de cada momento físico, de cada acto, sensación o reflejo. La disciplina no busca poseer, sino que “enmarca al individuo y lo define como cuerpo sojuzgado” (94).

¹ PINEL, P., *Traité médico-philosophique*, 1800, p. 192. [Nota al pie referida en el texto de Foucault]

El funcionamiento del poder adquiere con esto una complejidad novedosa. Una profusa red de dispositivos comienza a diseminarse a través del cuerpo social, gobernándolo pero también construyéndolo, reprimiéndolo pero a la vez poniéndolo en marcha, generando todo un corpus de normas, hábitos y costumbres. Instituciones a primera vista tan dispares como las prisiones, las escuelas o los asilos para alienados confluyen, en definitiva, en una misma finalidad: diseminar las reglas y garantizar su acatamiento, fijar los límites y penalizar las transgresiones. En última instancia, toda esa red institucional no busca otra cosa que ejercer una función normalizadora.

Foucault dirá también que el poder disciplinario “ajusta la función sujeto a la singularidad somática por intermedio de un sistema de vigilancia” (77). En *Vigilar y castigar* (2006), toma la figura de la prisión como punto de partida, y aborda la forma en que sus mecanismos fueron extrapolados, trascendiendo los muros y adaptándose a espacios en los que no rige necesariamente la norma del encierro. En la novela, la población de Oceanía, aun cuando no se encuentra sujeta a un confinamiento físico, se ve sometida día y noche a la mirada omnipresente del Partido, encarnado por el rostro del Gran Hermano, que observa desde los múltiples ojos de los carteles y las telepantallas. Sobre esta vigilancia constante descansa la mecánica de la sociedad toda, pues condiciona y moldea cualquier forma posible de interacción entre individuos.

Impedidos de relacionarse libremente, sometidos a un aislamiento absoluto por la dinámica del poder, estos forman, sin embargo, un sólido entramado social, cuyo aglutinante es la represión común a la que todos se saben sometidos. Hay que destacar este punto: la disciplina no solo regula la manera en que los sujetos deben relacionarse con las instancias de poder, sino que establece también las formas en que pueden vincularse entre ellos. Es necesario no solo gobernar, sino crear y dar forma a quienes se gobierna, lograr que su existencia misma en términos de grupo sea imposible fuera del marco que se impone. El poder, convertido así en una entidad abstracta, se expande y avanza de individuo en individuo, instalándose profundamente en cada uno y contagiándose a todos mediante cualquier contacto.

El objetivo se cumple con eficacia: llevar “el poder absoluto del monarca a las más pequeñas instancias de poder diseminadas en la sociedad; [...] disciplinando los espacios no disciplinarios” (218). Tenemos el ejemplo de la policía: una especie de

“fuerza intermediaria” que vigila en el llano. También en la novela vemos a la vigilancia descender, bajar estratos a través de los distintos elementos en la cadena. La figura del Gran Hermano adopta ojos y brazos ejecutores que se ramifican, llevando su mirada omnipresente hacia el interior de las masas. Solo así, a través de una vigilancia correctamente diseminada, es posible extender la disciplina a los espacios intersticiales, inaccesibles para el poder desde la cúpula de sí mismo. Oportunamente, cita Foucault: “... por medio de una prudente policía, [se] acostumbra al pueblo al orden y a la obediencia” (2007: 210).² En concordancia con eso, “todo miembro del Partido vive, desde su nacimiento hasta su muerte, vigilado por la Policía del Pensamiento” (Orwell, 2008: 221), al alcance de las telepantallas y rodeado de espías o potenciales delatores. La noción de *orden* se constituye como base del sistema, en tanto que adopta una doble función: no apunta solo a prohibir o imponer conductas, sino también a posibilitar una rápida identificación de los infractores. De lo que se trata es de crear un sistema de costumbres estrictas que permita identificar fácilmente a los que se aparten de él. Para esto, el acatamiento exigido debe ser absoluto, y su control, minucioso; el espectro de comportamientos legítimos debe reducirse a tal punto que ninguna transgresión sea tan discreta como para pasar inadvertida. La desobediencia, aun la más silenciosa, debe resonar con estridencia.

En consecuencia, el ojo del poder examina sin tregua: “Dondequiera que esté, dormido o despierto, trabajando o descansando, en el baño o en la cama, [cualquier miembro del Partido] puede ser inspeccionado sin previo aviso y sin que él sepa que lo inspeccionan” (221). Esta vigilancia personal recae sin excepciones sobre todos los componentes del cuerpo social, lo que deriva al final en un disciplinamiento colectivo, cuya solidez radica precisamente en el control absoluto de las minucias individuales. Sin embargo, y aunque a primera vista resulte contradictorio, esta evaluación de las conductas presenta rasgos arbitrarios:

Muchas de las creencias y actitudes que se le piden [a los miembros del Partido] no llegan a fijarse nunca en normas estrictas y no podrían ser proclamadas sin incurrir en flagrantes contradicciones con los principios mismos del Ingsoc. Si una persona es ortodoxa [...] sabrá en cualquier circunstancia, sin detenerse a pensarlo, cuál es la creencia acertada o la emoción deseable. (222)

² DE VATTEL, E., *Le droit des gens*, 1768, p. 162. [Nota al pie referida en el texto de Foucault]

Foucault se refiere a la disciplina, precisamente, como una regulación de aquello que resulta demasiado abstracto o esquivo para estar sujeto a leyes enunciadas previamente: “Las disciplinas establecen una «infra-penalidad»; reticulan un espacio que las leyes dejan vacío” (2006: 183). En la novela, esto es llevado al extremo: no hay “un código de conducta claramente formulado. En Oceanía no existen leyes. Los pensamientos y actos que, una vez descubiertos, acarrearán la muerte segura, no están prohibidos expresamente” (Orwell, 2008: 221).

En ausencia de una definición establecida de lo correcto e incorrecto, cada caso es juzgado de forma azarosa; así, el poder tiene carta blanca para castigar de manera arbitraria y sin apelación posible. La justicia deja de ser justicia, para convertirse en una aterradora ruleta rusa punitiva. El sometimiento de los ciudadanos de Oceanía se intensifica frente a estas reglas indefinidas, dada la imposibilidad de identificar un límite, un punto en el cual detener el instintivo coqueteo con la desobediencia. La conducta, entonces, se regula a sí misma; surge la inacción preventiva, una temerosa quietud que busca reducir al mínimo la posibilidad de infracción. La vigilancia cumple entonces su objetivo final: internalizarse, ser llevada a cuentas por los sujetos vigilados.

Esta economía de medios llegaría a su punto máximo al elaborar Jeremy Bentham el modelo del Panóptico. La estructura, pensada para optimizar la vigilancia de los complejos penitenciarios, gira en torno a una torre, desde la cual los vigilantes pueden ver la totalidad de las celdas, dispuestas alrededor en forma de anillo. Mientras que la cara que mira hacia la torre consta de barrotes, la parte posterior cuenta con ventanas suficientes para que la luz proveniente del exterior facilite la visión de la figura del recluso desde lo alto. Este, sin embargo, no puede ver al vigilante: la celda es un espacio de cosificación, quien se encuentra en ella se convierte en un elemento visto (otro entre tantos), pero incapaz de ver; la mirada no puede ser devuelta porque el canal que se establece no es igualador sino jerarquizante: se mira de arriba hacia abajo, nunca al revés. Tal como explica Foucault, “el Panóptico es una máquina de disociar la pareja ver-ser visto: en el anillo periférico, se es totalmente visto, sin ver jamás; en la torre central, se ve todo, sin ser jamás visto” (2006: 205).

El poder de la mirada no es un elemento menor. La disparidad de campos de visión, al tiempo que establece una diferencia de rangos, instala en el recluso una constante

sensación de incertidumbre. En este efecto psicológico radica el verdadero poder de la estructura: instalada la idea de la vigilancia perpetua, deja de ser necesario ejercerla. La sola presencia de la torre en el centro del complejo basta para que los internos adopten una actitud sumisa. Ya Bentham se había referido a su modelo como “una nueva forma de control de las mentes sobre las mentes” (1995: 31); luego Foucault aportaría:

... [el objetivo es] inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción [...]. Bentham ha sentado el principio de que el poder debía ser visible e inverificable. (2006: 205)

El sistema, entonces, es efectivo porque se conoce su existencia, pero no se sabe hasta qué punto se encuentra en marcha. Una vigilancia comprobable permitiría que cualquier distracción, aun la más fugaz, fuera eventualmente advertida. En el terreno simbólico, eso rompería la noción de infalibilidad, al tiempo que haría tambalear la relación jerárquica: el poder nos observa, pero nosotros podemos observarlo a él. Un monitoreo intangible, en cambio, no puede ser confrontado; nunca se lo ve inactivo, además, puesto que tampoco se lo ve en acción. La incertidumbre mantiene aceitados los engranajes. Lo vemos en acción en la novela:

Por supuesto, no había manera de saber si le contemplaban a uno en un momento dado. Lo único posible era figurarse la frecuencia y el plan que empleaba la Policía del Pensamiento para controlar un hilo privado. Incluso se concebía que los vigilaran a todos a la vez. Pero, desde luego, podían intervenir su línea [...] cada vez que se les antojara. Tenía usted que vivir —y en esto el hábito se convertía en un instinto— con la seguridad de que cualquier sonido emitido por usted sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos sus movimientos serían observados. (Orwell, 2008: 9)

El poder se disocia de quien lo ejerce, y ahí radica su fuerza. La gran economía de medios que implica su automatización impide que el mecanismo se desgaste. El peso del sistema recae sobre sus víctimas: los miembros del Partido se hallan “insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores” (Foucault, 2006: 204). A diferencia de lo que ocurre en el contexto carcelario, las adaptaciones de este método a la mecánica extramuros no fuerzan una división de roles totalmente binaria:

Este sistema hace que “resista” el conjunto, y lo atraviesa íntegramente por efectos de poder que se apoyan unos sobre otros: vigilantes perpetuamente vigilados. El poder en la vigilancia jerarquizada de las disciplinas no se tiene como se tiene una cosa, no se trasfiere como una propiedad; funciona como una

maquinaria. Y si es cierto que su organización piramidal le da un “jefe”, es el aparato entero el que produce “poder” y distribuye los individuos en ese campo permanente y continuo. (182)

En efecto, en la novela vemos que abundan las delaciones “de igual a igual”, entre miembros del Partido Exterior que no ejercen formalmente ninguna tarea de vigilancia unos sobre otros, pero que sin embargo se examinan atentamente entre sí. En varias ocasiones Winston se muestra temeroso de sus pares: ve en los hijos de Parsons, su vecino, una amenaza latente (Orwell, 2008: 30) y sabe que Syme, compañero de trabajo, lo denunciaría de inmediato si tuviera evidencias de su oposición al Partido. Pero sus mayores sospechas recaen sobre Julia: durante el primer tramo de la historia, Winston está convencido de que ella lo está espionando: “Pensó que probablemente la muchacha no era miembro de la Policía del Pensamiento, pero precisamente las espías aficionadas constituían el mayor peligro. No sabía Winston cuánto tiempo llevaba mirándolo la joven, pero quizás fueran cinco minutos” (69).

Este párrafo continúa, e introduce otro tópico clave: en Oceanía, no solo los actos están sujetos a inspección. Winston se preocupa al considerar “muy posible que en este tiempo no hubiera podido controlar sus gestos a la perfección. Constituía un terrible peligro pensar mientras se estaba en un sitio público o al alcance de la telepantalla” (69). Orwell lleva el principio del panoptismo mucho más lejos que Bentham, al colocar bajo la lupa también los pensamientos y las emociones. Entiéndase esto: a pesar de funcionar a través de un mecanismo de dominación psicológica, el modelo original solo se valía de su poder sobre las mentes a fin de lograr afianzarse sobre los cuerpos. El reo era vigilado desde la torre para evitar que actuase de tal o cual forma, pero poco importaba lo que pensara o sintiera. Bentham dejaba eso a una “corte superior” (1995: 94); daba “al César lo que es del César” (el cuerpo, lo terrenal), en tanto que el mundo interno del vigilado quedaba sujeto solo al juicio divino.

Tenemos, entonces, dos sistemas que operan siguiendo el mismo mecanismo, pero que difieren en cuanto a su blanco final: para el Partido, la mente es el principal espacio a vigilar. La verdadera batalla por el control del colectivo social se libra en la subjetividad de cada individuo por separado. En consecuencia, una vez esbozada la idea de infringir las normas, la infracción podía considerarse consumada por completo. Esto queda claro al comienzo de la novela, cuando Winston decide arriesgarse a escribir en su diario:

No pudo evitar un escalofrío de pánico. Era absurdo, ya que escribir aquellas palabras no era más peligroso que el acto inicial de abrir un diario; pero, por un instante, estuvo tentado de romper las páginas ya escritas y abandonar su propósito.

Sin embargo, no lo hizo, porque sabía que era inútil. El hecho de escribir ABAJO EL GRAN HERMANO o no escribirlo, era completamente igual. Seguir con el diario o renunciar a escribirlo, venía a ser lo mismo. La Policía del Pensamiento lo descubriría de todas maneras. Winston había cometido — seguiría habiendo cometido aunque no hubiera llegado a posar la pluma sobre el papel— el crimen esencial que contenía en sí todos los demás. El *crimental* (crimen mental), como lo llamaban. El *crimental* no podía ocultarse durante mucho tiempo. En ocasiones, se podía llegar a tenerlo oculto años enteros, pero antes o después lo descubrían a uno. (Orwell, 2008: 25)

Como se ve, el Partido entendía que no los cuerpos, sino las mentes, constituían la verdadera semilla de una posible rebelión. Las desgracias físicas a las que la población de Oceanía se veía sometida a diario no podían derivar por sí solas en una actitud insurrecta: era la mente la que vehiculizaba toda posible oposición; el disciplinamiento más férreo debía recaer entonces sobre ella. El cuerpo podía, sí, quejarse: existía “la protesta muda de la carne y los huesos” (81), pero esta era, precisamente, muda. Solo al ir acompañada de “la instintiva sensación de que las condiciones de vida eran intolerables y que en otro tiempo tenían que haber sido diferentes” (81) podía cobrar resonancia. El padecimiento físico por sí solo no alcanzaba a tener una connotación política. La mente, en cambio, era un órgano político en potencia. La memoria, el lenguaje, el pensamiento racional: esa clase de funciones mentales constituían el verdadero foco de peligro para la hegemonía del Partido.

En uno de los capítulos finales, O’Brien confirma esto: “Al Partido no le interesan los actos realizados; nos importa solo el pensamiento” (265). Si entendemos los actos como pensamientos en acción, es evidente que un control minucioso de estos últimos permite ya no solo controlar, sino incluso prevenir cualquier accionar incorrecto. La Policía del Pensamiento se encargaba de dar caza implacable a aquellos que, como Winston, aún se creían dueños de esos “cuantos centímetros cúbicos dentro de su cráneo” (34). Una segunda vigilancia —ya no “visible e inverificable”, sino absolutamente invisible y silenciosa— actuaba como segundo tamiz, captando cada paso dado al creerse a salvo

de los ojos del Partido.³ La sensación de libertad interior constituía la semilla de una idea inconcebible: cometer un crimen y salir impune. Último reducto de discretas desobediencias, la puja por el poder se manifestaba en el mundo interno con mayor ferocidad que nunca.

1.2. PROPAGANDA

Se complejiza aquí el engranaje, pues se pone en marcha un segundo elemento: aunque implacable e infalible en su papel de guardián del orden, el ojo del poder carece de medios para generarlo o imponerlo. Podemos ver a la vigilancia como un poder pasivo, un poder de “mantenimiento” que solo puede sostener las cosas en un sitio que fue previamente estipulado por otro poder, uno de carácter activo, que no se limite a supervisar y reprimir, sino que establezca positivamente el sistema de normas. En 1984, este poder es la propaganda. A través de la producción de discursos convalidados por la potencia hegemónica del Partido, se genera ese sistema de costumbres al que antes nos referimos, y que está presente en la novela bajo el nombre de *ortodoxia*.

Ser ortodoxo significa tener los pensamientos correctos, es decir, aquellos que el Partido quiere que uno tenga. Esto concierne a la ideología, pero se hace extensivo a cualquier deseo o creencia, o a absolutamente cualquier cosa en el campo de los hechos o los valores. Algunos de estos lineamientos se mantienen relativamente estables —tales como los principios del Ingsoc—, pero otros son efímeros y varían sin previo aviso. En última instancia, ser ortodoxo implica estar predispuesto a dar por cierto lo que el Partido diga que es cierto en cada momento, aun cuando eso contradiga el pensamiento propio. Más aún, “ortodoxia significa no pensar, no necesitar el pensamiento. Nuestra ortodoxia es la inconsciencia” (61).

Winston sabe que no es mucho lo que puede saber: no conserva recuerdos claros del mundo antes de la revolución que colocó en el poder al Partido, ni está seguro siquiera

³ Bentham emplea la palabra “monitorear” para el ejercicio de la vigilancia panóptica, mientras que para esta observación invisible utiliza el término “espiar” (1995: 94).

de que ese sea, en efecto, el año 1984 (13). Todo está contaminado por la idea de una posible falsificación. La imposibilidad de recordar de manera fidedigna lo atormenta en varias ocasiones. Intenta desenterrar recuerdos de su infancia, pero solo acuden a su mente fragmentos inconexos: escenas de su vida familiar previas a la desaparición de su madre y su hermana, o un bombardeo sorpresivo que forzó a la población de Londres a refugiarse en el subterráneo. Sin embargo, no puede situar nada de esto en un contexto, ni tiene otros recuerdos que puedan servirle de referencia. Inmerso en ese mundo volátil, sabe, quizás, una única cosa a ciencia cierta: sabe qué es lo que *debe saber*, saberlo y darlo por válido sin que haya espacio para cuestionamientos. Lo sabe, porque el aparato discursivo del poder ha cristalizado los saberes correctos bajo la figura de una doctrina y los ha, precisamente, *propagado*. Propaganda y vigilancia trabajan juntas en la implantación de la ortodoxia: la propaganda impone, la vigilancia custodia. Cualquier pensamiento contrario a los saberes oficiales de turno constituye el *crimental*. No basta, además, con obrar según esas verdades: se debe creerlas, hacerlas propias, desconocer incluso que existe en ello un acto de acatamiento doctrinario. La idea de que hay algo que *debe ser creído* es en sí mismo un acto de *crimental*.

La propaganda trabaja incansablemente. Y así como el cuerpo social se convierte en un constante vigilante del individuo que lo compone, al disolverse las identidades en pos de una mente colectiva que vela por sí misma, Winston y Julia son víctimas de la propaganda, pero al mismo tiempo la producen. Ambos trabajan en el Ministerio de la Verdad: ella, en el Departamento de Novela, creando ficciones; él, en el Departamento de Registro, adecuando los registros del pasado a las necesidades del presente. Vemos entonces que es un error pensar en el poder como una maquinaria que únicamente niega y prohíbe: muy lejos de eso, “forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social” (Foucault, 1979: 182).

Analicemos las formas que esto adopta en la novela. Tenemos, por un lado, a Winston. Él trabaja sobre realidades; falsas realidades, sí, pero falsificaciones que apuntan a volverse verdaderas, y que efectivamente lo logran, según veremos. Su tarea consiste en destruir cualquier registro histórico que haya dejado de ser favorable para el discurso que el Partido sostenga en ese momento. Revistas, libros y viejos periódicos pasan a diario por su escritorio, y él debe —como se decía oficialmente— “rectificarlos”.

Explica Orwell: “Diariamente y casi minuto por minuto, el pasado era puesto al día. De este modo, todas las predicciones hechas por el Partido resultaban acertadas según prueba documental” (2008: 48). Una vez hecho el cambio, los antiguos ejemplares eran destruidos: una red de tuberías laberínticas conducía todo papel inservible a un crematorio ubicado en los sótanos del edificio, a través de los denominados “agujeros de la memoria” (47), pequeñas rejillas que pululaban por miles en los pasillos y las oficinas. Las nuevas versiones pasaban a ocupar el lugar vacante, sin que se admitiera nunca que se hubiera realizado un cambio. Ese proceso podía repetirse indefinidamente, una y otra vez, incluso cuando eso significara hacer un rectificación sobre otra. Mientras trabaja, Winston reflexiona al respecto:

Lo más curioso era [...] que ni siquiera se trataba de una falsificación. Era, sencillamente, la sustitución de un tipo de tonterías por otro. La mayor parte del material que allí manejaban no tenía relación alguna con el mundo real, ni siquiera en esa conexión que implica una mentira directa. Las estadísticas eran tan fantásticas en su versión original como en la rectificada. (48)

Este tipo de propaganda se disfraza de hechos verídicos, en cuyo relato no existe una finalidad ideológica explícita. El objetivo principal no es que los receptores crean o recuerden cada historia en sí misma, sino transmitirles determinados valores subyacentes. Lo que se propaga, en definitiva, no son los hechos, sino juicios morales *sobre* los hechos, lineamientos de conducta, parámetros de bien y mal. Tenemos, por ejemplo, el caso del camarada Ogilvy, un personaje ficticio sobre el que Winston escribe para reemplazar un viejo artículo del *Times* que hubiera sido imposible rectificar solo alterando cifras. Ogilvy “había muerto recientemente en la guerra en circunstancias heroicas” (54), y todo el resto de su breve biografía no es más que una exaltación constante de los valores que el Partido promovía entre sus filas. Ogilvy “no tenía más tema de conversación que los principios de Ingsoc, ni más finalidad en la vida que la derrota del enemigo eurasiático y la caza de espías, saboteadores, criminales mentales y traidores en general” (55). Terminada esta breve fabulación, “el camarada Ogilvy, que nunca había existido en el presente, era ya una realidad en el pasado, y cuando quedara olvidado en el acto de la falsificación, seguiría existiendo con la misma autenticidad, con pruebas de la misma fuerza que Carlomagno o Julio César” (55).

Es importante entender, además, que los trabajadores del Departamento de Registro (aun en su rol de censores, derivado de la naturaleza de su actividad propagandística)

están sujetos también no solo a la propaganda, sino a la censura. Sus reescrituras no son ejercicios de plena creatividad; sus historias, aunque disparatadas a veces e irreales casi siempre, deben apegarse a “lo que el Partido quería que uno dijera” (51). Mientras Winston y una multitud de trabajadores asignados a esta tarea se apiñaban en una oficina repleta de papeles próximos a desaparecer, “en un lugar desconocido estaban los cerebros directores que coordinaban todos estos esfuerzos y establecían las líneas políticas según las cuales un fragmento del pasado había de ser conservado, falsificado otro, y otro borrado de la existencia” (50).

Orwell explica que “el Departamento de Registro, después de todo, no era más que una simple rama del Ministerio de la Verdad, cuya principal tarea no era reconstruir el pasado, sino proporcionarles a los ciudadanos de Oceanía periódicos, películas, libros de texto, programas de telepantalla” (50). Tenemos, entonces, la segunda variante: propaganda a través de ficciones confesas, que no buscan pasar por hechos, pero que tampoco se presentan abiertamente como material propagandístico. Su objetivo declarado es simplemente entretener. La producción de este material está a cargo del Departamento de Ficción, del que Julia forma parte. A diferencia de Winston, ella no es escritora, sino que cumple una función más bien técnica, “alguna labor mecánica en una de las máquinas de escribir novelas” (16). Todas las producciones con alguna connotación remotamente artística destinadas a los miembros del Partido eran en realidad fabricadas por medios artificiales. Una línea de producción paralela se ocupaba de “la literatura, la música, el teatro y, en general, de todos los entretenimientos para los proletarios” (51), cuya calidad era deliberadamente menor.

Toda esta red de generación de discursos conforma la mencionada rama activa del poder, la imprescindible faceta productiva que llena con contenidos propios el inmenso espacio que la censura deja en blanco. Abordemos ahora la relación entre ambas funciones —proscriptiva y productiva—, puesto que aun cuando es posible conceptualizarlas por separado, en la práctica son indivisibles: propaganda y vigilancia no solo operan juntas, sino que se complementan e incluso se necesitan la una a la otra. Analicemos, por ejemplo, la frase de la novela que mayor eco ha tenido en la cultura popular: “El Gran Hermano te vigila” (7). Esta línea, repetida hasta el hartazgo en cada rincón de Oceanía, suele asociarse con la vigilancia; se pasa por alto, sin embargo, su tenor propagandístico. Como lectores, nuestro primer contacto con la idea de la

vigilancia omnipresente no está dado por una evidencia concreta de ella, sino por la también omnipresente propaganda *sobre* la vigilancia. Difundir, propagar, implantar por doquier la certeza de que el Gran Hermano supervisa cada gesto, palabra o exhalación, resulta tan indispensable como el hecho de tener en marcha una verdadera maquinaria que todo lo vea.

Al entrar en su edificio, Winston se topa con un enorme cartel, “demasiado grande para hallarse en un interior” (7). En él, el Gran Hermano impone su ineludible presencia a través de una gigantografía. Se nos revela como “un hombre de unos cuarenta y cinco años con un gran bigote negro y facciones hermosas y endurecidas” (7). Idénticos carteles se suceden en cada uno de los pisos que Winston debe subir a pie para llegar a su departamento, en el séptimo: “En cada descansillo, [...] el cartelón del enorme rostro miraba desde el muro. Era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos le siguen a uno adondequiera que esté. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las palabras al pie” (7). Se trata, por supuesto, de un mero recordatorio; “El Gran Hermano te vigila”, sí, pero no desde los ojos del cartel, a pesar de que haya sido diseñado para despertar esa idea. El cartel no es un instrumento de vigilancia más que en el terreno simbólico. Este mismo mecanismo conjunto está presente en un sinnúmero de objetos. Winston saca una moneda de su bolsillo:

También en ella [...], la cabeza del Gran Hermano. Los ojos de este le perseguían a uno hasta desde las monedas. Sí, en las monedas, en los sellos de correo, en pancartas, en las envolturas de los paquetes de los cigarrillos, en las portadas de los libros, en todas partes. Siempre los ojos que os contemplaban y la voz que os envolvía. Despiertos o dormidos, trabajando o comiendo, en casa o en la calle, en el baño o en la cama, no había escape. (34)

Los ojos que contemplan y la voz que envuelve son, respectivamente, la vigilancia y la propaganda. La presencia de la vigilancia es también metafórica en todos los objetos que Orwell enumera; sin embargo, esas instancias de visibilización son tan necesarias para su pleno funcionamiento que resulta casi imposible pensar en ellas como un mero ejercicio propagandístico por separado.

1.3. AISLAMIENTO, SOLEDAD, TERROR

Al llegar a su departamento, Winston deja atrás los carteles y comienza a ser bombardeado con propaganda a través de la telepantalla, “una placa oblonga de metal, una especie de espejo empañado, que formaba parte de la superficie de la pared situada a la derecha. [...] El instrumento [...] podía ser amortiguado, pero no había manera de cerrarlo del todo” (7). Este artefacto ocupa un rol central en el relato. A diferencia de los ejemplos anteriores, aquí ambas caras del poder se combinan ya no solo de manera simbólica: la telepantalla transmite y recibe al mismo tiempo. Uno de los fragmentos del libro de Goldstein plantea que el surgimiento de esta tecnología marcó un punto de inflexión en la historia del poder de los estados sobre sus propias poblaciones. Explica también que la diferencia fundamental entre el Partido y las antiguas tiranías radica en que estas “solo se preocupaban por los actos realizados y no se interesaban por lo que los súbditos pudieran pensar” (215). Radicaba allí su ineficacia.

Ya hablamos de cómo Bentham limitaba la jurisdicción de su Panóptico a las manifestaciones físicas de rebeldía, dejando afuera los pensamientos que las motivaban. Este desinterés, sin embargo, derivaba más bien de su incapacidad de ejercer un control en ese campo. Tal como dice Goldstein, “en el pasado ningún Estado tenía el poder necesario para someter a todos sus ciudadanos a una vigilancia constante” (215).⁴ Durante largo tiempo, en ausencia de un medio eficaz de control del pensamiento, se intentó encausarlo, dirigirlo. Al aparecer la telepantalla, finalmente ambos mecanismos —vigilancia y propaganda— se combinaron en uno solo: “Con el desarrollo de la televisión y el adelanto técnico que hizo posible recibir y transmitir simultáneamente en el mismo aparato, terminó la vida privada” (215). A la tradicional represión del espacio público y de toda actividad grupal espontánea, potencial germen de una oposición colectiva, el Partido suma entonces un avance sobre la intimidad:

En principio, un miembro del Partido no tenía tiempo libre y nunca estaba solo a no ser en la cama. Se suponía que, de no hallarse trabajando, comiendo, o durmiendo, estaría participando en algún recreo colectivo. Hacer algo que implicara una inclinación a la soledad, aunque solo fuera dar un paseo, era siempre un poco peligroso. Había una palabra para ello en neolengua: *vidapropia*, es decir, individualismo y excentricidad. (90)

⁴ El análisis de Goldstein es extenso; Orwell lo utiliza para hacer también una crítica que no se limita al mundo ficcional: “... el invento de la imprenta facilitó mucho el manejo de la opinión pública, y el cine y la radio contribuyeron en gran escala a acentuar este proceso” (215).

Analicemos esta cuestión, que plantea una paradoja: los miembros del Partido no tienen permitido estar solos, se les exige una continua pertenencia al grupo. Sin embargo, se enfrentan a la máxima soledad: estar solos, rodeados de todo el mundo. La mecánica del poder ha logrado erradicar cualquier tipo de relación interpersonal verdadera, pero constantemente amontona cuerpos y los obliga a funcionar con eficacia de manera colectiva, mecánicamente. Reaparece en este punto aquella descripción del poder disciplinario de Foucault, caracterizado por el manejo exhaustivo de la ubicación, forma y actividad de los cuerpos. Hannah Arendt, por su parte, postula que “el poder total solo puede ser logrado y salvaguardado en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad” (1974: 554). Al miembro del Partido se le niega entonces la soledad física, pero se lo confina a una soledad emocional y psicológica absoluta. El espacio personal de meditación profunda, propio de la soledad entendida como retiro voluntario de la agitación del mundo, es suprimido por completo. En contrapartida, se induce un estado de soledad interior en medio de una multitud de otras soledades, lo que deriva en la imposibilidad de accionar en conjunto. El Partido ha creado una enorme masa de soledades pasivas, herméticamente aisladas.

Sobre esta masificación también hablará Arendt: explica que los totalitarismos operan no solo reemplazando los sistemas multipartidistas por uno de partido único, sino transformando a sus ciudadanos en *masa* (560). El desmoronamiento de las estructuras sociales a las que las poblaciones están habituadas deriva en una mortal sensación de desamparo; el fervor nacionalista surge entonces como elemento aglutinante, a fin de evitar un desmembramiento social más profundo, que ponga en riesgo la unidad del pueblo en términos de territorio e identidad. Una dirigencia demagógica sabrá aprovechar esta situación para dar surgimiento a la masa. Para Arendt, “la característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales” (398). A su manera, Orwell plantea lo mismo: “A Winston le sorprendía que lo más característico de la vida moderna no fuera su crueldad ni su inseguridad, sino sencillamente su vaciedad, su absoluta falta de contenido” (2008: 81).

La soledad del individuo dentro del grupo, su absoluta insignificancia frente a la inabarcable magnitud del cuerpo social: problemáticas inherentes al hombre bajo el poder totalitario. Arendt dirá también que “el totalitarismo busca no la dominación

despótica sobre los hombres, sino un sistema en el que los hombres sean superfluos” (1974: 554). Se apunta entonces a limitar toda comunicación entre individuos, así como también entre los individuos y el mundo, desarraigándolos, anulando su sentido de pertenencia: “Estar desarraigado significa no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás; ser superfluo significa no pertenecer en absoluto al mundo” (576). Esta línea de análisis coincide con las ideas de Goldstein: “Cortados todos los contactos con el mundo exterior y con el pasado, el ciudadano de Oceanía es como un hombre en el espacio interestelar, que no tiene manera de saber por dónde se va hacia arriba y por dónde hacia abajo” (Orwell, 2008: 208).

La conclusión definitiva es que el individuo ya no puede situarse; en consecuencia, es incapaz también de pensarse a sí mismo. No existe en su vida un momento de silencio que le permita establecer un diálogo interno, ni una interacción auténtica con los otros que le ayude a hacer del mundo un lugar propio. La identidad se licua, uno ya no está ni siquiera con uno mismo; en última instancia, esa es la verdadera soledad. “El yo y el mundo, la capacidad para el pensamiento y la experiencia, se pierden al mismo tiempo” (Arendt, 1974: 578); podemos relacionarlo con un pasaje de la novela: “El miembro del Partido, lo mismo que el proletario, tolera las condiciones de vida actuales, en gran parte porque no tiene con qué compararlas” (Orwell, 2008: 223). Incapaz de emitir un juicio propio, el hombre-masa ya no se guía por un genuino conocimiento de lo que ocurre, sino que su noción de lo real es dictada por los lineamientos de una *ideología* (Arendt, 1974: 438). También esto se ve claramente en la novela:

En Oceanía prevalece la ideología llamada Ingsoc, en Eurasia el neobolchevismo y en Asia Oriental lo que se conoce por un nombre chino que suele traducirse por “adoración de la muerte”, pero que quizá quedaría mejor expresado como “desaparición del yo”. Al ciudadano de Oceanía no se le permite saber nada de las otras dos ideologías, pero se le enseña a condenarlas como bárbaros insultos contra la moralidad y el sentido común. (Orwell, 2008: 206)

Claro está, todos estos sistemas de creencias guardan enorme similitudes entre sí, especialmente en lo referido al manejo de sus poblaciones a través del aislamiento, la mentira y el terror. Todos ellos comparten la necesidad de que sus ciudadanos no interactúen, razón por la cual las constantes contiendas militares no derivan en rotundas victorias o derrotas. La adquisición de nuevos territorios ya poblados por masas enemigas sería un inconveniente más que una ventaja: resulta “absolutamente

imprescindible que [el ciudadano] no entre en contacto con extranjeros, excepto en reducidas proporciones con prisioneros de guerra y esclavos de color” (206). Es por eso que para un miembro del Partido resultará riesgoso mostrarse interesado por culturas o lenguas foráneas, así como sentirse atraído por objetos antiguos (103); la pertenencia al pasado, en definitiva, es vista también como una especie de extranjería. Orwell explica esto:

Si se le permitiera entrar en relación con extranjeros, descubriría que son criaturas iguales a él en lo esencial y que casi todo lo que se le ha dicho sobre ellos es una sarta de mentiras. Se rompería así el mundo cerrado en que vive y quizá desaparecieran el miedo, el odio y la rigidez fanática en que se basa su moral. (206)

El miedo, finalmente, es también un instrumento fundamental. La explicación de Goldstein sobre la realidad de la guerra confirma que el objetivo del Partido no es amedrentar a los rivales, sino paralizar a su propia población: “En nuestros días [los estados] no luchan unos contra otros, sino cada grupo dirigente contra sus propios súbditos, y el objeto de la guerra no es conquistar territorio ni defenderlo, sino mantener intacta la estructura de la sociedad” (209). El ciudadano de Oceanía, en efecto, vive en un constante estado de terror. Paradójicamente, por encima de cualquiera de las dos potencias enemigas, es a su propio gobierno a quien más le teme. Aquellas no representan, en última instancia, más que un peligro vago que apenas se manifiesta en su vida cuando un misil impacta en sus cercanías, o a través de las noticias y rumores (obviamente falsos) que llegan desde los campos de batalla. Si bien esto contribuye a sostener el clima de temor constante, es la represión del propio Partido lo que aterroriza hasta la parálisis a la población: las *vaporizaciones*, la Policía del Pensamiento y la imagen de los sótanos del Ministerio del Amor están siempre presentes en el imaginario colectivo.

De lo arbitrario como vector del miedo ya hablamos brevemente. Winston, al recibir el orden de rectificar un artículo del *Times*, se pregunta cuál habrá sido la razón por la que un tal Withers había caído en desgracia, puesto que debía ser eliminado de los registros:

Quizás fuera por corrupción o incompetencia. O quizás el Gran Hermano se hubiera librado de un subordinado demasiado popular. También pudiera ser que Withers o alguno relacionado con él hubiera sido acusado de tendencias heréticas. O quizás —y esto era lo más probable— hubiese ocurrido aquello

sencillamente porque las “purgas” y las *vaporizaciones* eran parte necesaria de la mecánica gubernamental. (53)

“Lo más probable”, entonces, es que no hubiera habido más razón para *vaporizarlo* que la necesidad misma de mantener el sistema en marcha: la voracidad del aparato represivo se vuelve aún más aterradora al saber que sus víctimas son elegidas al azar. Alguna vez el riesgo del castigo estuvo asociado a la oposición al régimen; en Oceanía, todos se saben en peligro potencial, aunque no sepan exactamente por qué. El silencio absoluto respecto a las *vaporizaciones* es a la vez causa y consecuencia del fortalecimiento del terror: “... no había proceso alguno ni se daba cuenta oficialmente de la detención. La gente desaparecía sencillamente y siempre durante la noche. El nombre del individuo en cuestión desaparecía de los registros, se borraba de todas partes” (25).

En consonancia con todo este despliegue de terrores, el propio paisaje de Londres se ha vuelto atemorizante. La ciudad estaba dominada por cuatro edificaciones inmensas, que parecían mirar la ciudad desde lo alto. Eran los cuatro ministerios entre los que se dividían las funciones gubernamentales: Ministerio de la Verdad, Ministerio del Amor, Ministerio de la Paz y Ministerio de la Abundancia. Winston se muestra sobrecogido ante ese panorama:

El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ventanas en absoluto. [...] Era imposible entrar allí a no ser por un asunto oficial y en ese caso había que pasar por un laberinto de caminos rodeados de alambre espinoso, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras. Incluso las calles que conducían a sus salidas extremas, estaban muy vigiladas por guardías, con caras de gorila y uniformes negros, armados con porras. (10)

Recordemos el modelo de Bentham; aquí, nuevamente la arquitectura se pone al servicio de la mecánica del poder, plasmándola en el paisaje. Tal como en el Panóptico, las torres siempre están ahí, recordando a los ciudadanos la imponencia del régimen y su capacidad de verlo todo, en todo momento. La ausencia de ventanas puede verse como una alusión a la idea de la vigilancia inverificable.

2. EL PRECIO DE LA CORDURA

2.1. PODER Y SALUD MENTAL

Profundicemos ahora el análisis de la realidad bajo el régimen totalitario. La importancia de esta cuestión en el desarrollo de la novela nos obliga a pensarla en detalle. Conviene comenzar, quizás, por el final. En pocas palabras, O'Brien le da a Winston la explicación definitiva: "La realidad está dentro del cráneo" (278). Contra todos los postulados materialistas que dan sustento al socialismo,⁵ el Partido niega la existencia de una realidad en sí misma. Desde su óptica, lo real no es más que la construcción discursiva dada por cierta en la mente del colectivo social, generada y sostenida por los dispositivos que el poder pone en marcha a tal efecto. Ya vimos que Arendt hablaba de esto al hacer su crítica de las ideologías, a las que consideraba autoritarias *per se*, por pretender dar una explicación de lo real que en realidad no lo explica, sino que lo define; más aún, lo reemplaza.

Nuestro análisis debe volcarse entonces al manejo que el Partido hace no de lo que sucede, sino de lo que los ciudadanos de Oceanía están obligados a *saber* que sucede. Nótese que no hablamos de una mera creencia, sino de un discurso que se consolida como *saber*; una mentira con visos de objetividad que no admite en su acatamiento la vaguedad del *crear*. Las subjetividades —entonces los únicos elementos constitutivos de la realidad— caen en la red de un discurso hegemónico que se consolida como única lectura posible de la realidad, y que adopta nombres totalizadores tales como *verdad*, *cordura*, *moral*.

La creación y puesta en marcha de este aparato, así como la represión de cualquier eventual disidencia, requiere del trabajo conjunto de diversos mecanismos, destinados a moldear y encauzar las conductas. Disciplinas dedicadas a educar, sanar y rehabilitar a los sujetos son en realidad dispositivos de normalización. En la novela, vemos cómo las

⁵ Recordemos que la ideología imperante es el Ingsoc o Socialismo Inglés. La razón de las múltiples contradicciones presentes en la doctrina se verá más adelante. Sin embargo, resulta importante resaltar esta en particular, puesto que refleja la posición crítica de Orwell hacia el régimen estalinista, por muchos acusado de traicionar los principios filosóficos de la Revolución rusa.

ideas de Winston son tildadas de locura por O'Brien, que exalta la idea de la mente colectiva como único medio válido de interpretación del mundo: "Solo la mente del Partido, que es colectiva e inmortal, puede captar la realidad" (262). Más aún, le habla del "acto de sumisión que es el precio de la cordura" (261). Esta idea de *volverse cuerdo* solo a precio de someterse presenta dos puntos para el análisis: por un lado, el sometimiento es, ante todo, sometimiento a la noción misma de *cordura*, aceptación de que existe un parámetro externo al que debemos suscribir, aun cuando difiera del propio. La segunda cuestión se refiere al momento de la *conversión*: *volverse cuerdo* implica forzosamente dejar atrás un estado anterior, un estado que la norma definirá como *locura*, y que no es otra cosa que una vida que no ha podido regularse aún; una vida *anormal* en el sentido estricto de la palabra.⁶ Muy acertadamente cita Foucault: "Quien dice civilizados dice antiguos bárbaros" (2000: 183).⁷

Ya Freud había planteado que la cultura "reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales" (2007: 3038); adaptarse a la sociedad, entonces, implica dejar de lado la persecución de los placeres del individuo y aceptar los parámetros de un bien y mal colectivos. Llevado a un punto extremo, este principio de obediencia implica ser capaz ya no solo de anteponer el criterio social al propio, sino de ver el mundo a través de los ojos del conjunto, pensar como piensa la mente única de la cultura. Reprimirse para evitar ser reprimido: he ahí la característica fundamental del hombre social, del hombre cuerdo. En ese sometimiento voluntario radica la clave de su civilización. El hombre primitivo, en contracara, "no conocía restricción alguna de sus instintos" (3048). Vemos esto en varios fragmentos de la novela: el Partido describe la vida antes de la Revolución como un caos incesante, en el que los hombres abusaban unos de otros, los niños morían de hambre y las calles eran campos de batalla (Orwell, 2008: 84). El mundo era "un lugar tenebroso, sucio y miserable donde casi nadie tenía nada que comer y donde centenares y millares de desgraciados no tenían zapatos que ponerse ni siquiera un techo bajo el cual dormir" (80). Los libros de texto infantiles llegan incluso a mencionar el *jus primae noctis* medieval, atribuyéndolo en cambio a "los capitalistas"

⁶ Es en vista de esto que Foucault titula *Los anormales* a uno de sus cursos en el Collège de France.

⁷ DESNOS, R. *Description d'une révolte prochaine, La Révolution surréaliste*, núm. 3, 15 de abril de 1925, p. 25. Reeditado en *La Révolution surréaliste (1924-1929)*, París, 1975. [Foucault no refiere la fuente exacta; no obstante, esta consta en la edición consultada]

de los años cincuenta (80). La vida era entonces salvaje, depravada; los instintos fluían sin freno. Luego, el Partido trajo la civilización.

Es el surgimiento de lo que Foucault menciona como *poder psiquiátrico* lo que, en cierto modo, oficializa el pasaje de la antinomia *hombre salvaje-hombre civilizado* a su forma moderna, embebida de cierto aire de infalibilidad científica. *Locura y cordura* son, a partir de entonces, los términos empleados por esa nueva disciplina —la psiquiatría—, que pretende haber dejado atrás las valoraciones morales en pos de una perspectiva clínica de las deformaciones de la conducta. Esta inédita forma de análisis se convertirá en uno de los pilares del aparato represivo del estado moderno. Ya vimos antes que el carácter estricto e inflexible de los reglamentos disciplinarios no apunta solo a uniformar, sino a hacer claramente identificable a aquel que no acepta ser uniformado. Los sistemas crean a sus propios disidentes, toda imposición férrea de un sistema de costumbres genera focos de resistencia que se vuelven tanto más manejables en tanto más evidentes son. Bajo la apariencia de un anhelo de orden absoluto, se busca no la concreción de ese orden, sino la producción de alguna forma de desorden que justifique la represión y el abuso de autoridad. Como ilustra Orwell, tener “el hereje siempre a mano” (281) es lo que le permite al poder hacer una constante demostración de sí.

Tomemos entonces al loco como una construcción discursiva del poder, que aglutina en su figura todo posible pensamiento anormal, potencialmente subversivo. Las ideas adversas son de esa forma desacreditadas, al presentarse al público como meros caprichos de mentes trastornadas. Es notable cómo el advenimiento de la psiquiatría logra modificar por completo la percepción social de los individuos insanos, luego de siglos de tolerancia e incluso idealización de su estado. El discurso médico los convierte de pronto en *enfermos mentales*, estigma que pesará desde entonces tanto como el de la peste o antaño la lepra. Hecho esto, procede a liberarlos de su insania. Esta mecánica de enfermar para luego sanar permite un constante ejercicio de poder sobre los sujetos. Lo vemos en la novela, cuando O’Brien exclama: “¿Quieres que te diga para qué te hemos traído? ¡¡Para curarte!! ¡¡Para volverte cuerdo!! Debes saber, Winston, que ninguno de los que traemos aquí sale de nuestras manos sin haberse curado” (265).

Orwell habla de un “estado de locura controlada” (228) como medio ideal para que el poder absoluto opere. Por su parte, el poder psiquiátrico planteado por Foucault no podría existir en un mundo sin locura; al mismo tiempo, esta nueva locura —locura como patología— no existe en ausencia de una disciplina que la defina y catalogue, que establezca sus peligros y desarrolle sus posibles tratamientos. Por supuesto, este despliegue de terminología propia de la ciencia médica no es más que una enorme pantalla eufemística, un camuflaje que intenta hacer pasar la búsqueda de preservación del orden por cuidado de un individuo padeciente. La verdadera naturaleza del proceso de “curación” al que se refiere O’Brien queda a la vista en la tercera parte de la novela: el tratamiento al que Winston se enfrenta es en realidad un barrido profundo de su identidad; el Partido lo ahuecará y lo “rellenará de ellos” (269). La lucha contra el disidente enmascara entonces la implacable persecución del enemigo mayor: el individuo, las “minorías de uno” (87), que incluso aisladas constituyen pequeños focos de conflicto. Cuando Winston escribe que “la cordura no depende de las estadísticas” (229) está reivindicando la existencia de un pensamiento individual, noción que el Partido combate y destruye sistemáticamente.

La Policía del Pensamiento es una metáfora perfecta de las modernas fuerzas del orden, surgidas al incorporar el discurso normalizador de la psiquiatría al arsenal represivo tradicional. El disenso es locura, y la locura, crimen. El poder psiquiátrico equiparó estos conceptos, puesto que ambos suponían una transgresión. La clásica imagen del loco que se proclama rey ilustra muy bien el verdadero peligro que el poder encuentra en la figura del alienado: no tanto el delirio, sino la insurrección. La gravedad de su delito radica en esa explosiva negación de la autoridad instituida.

Bien hablaba Foucault de la “función higiénica” (2007b: 116) de la psiquiatría. Impune, esta rebeldía se propaga rápidamente por el cuerpo social, como la peste que pasa de un hombre a otro. Es necesario entonces combatirla: advertir a la comunidad, aislar a los infectados, dar a conocer una serie de medidas de profilaxis que en última instancia no será sino una nueva lista de prohibiciones. La puesta en marcha de esos sistemas preventivos refleja el afán anticipatorio de esta disciplina: cualquier mínimo rasgo de anormalidad es leído como la antesala de una sintomatología grave. En la novela, Orwell plantea que “el hombre de ciencia actual es una mezcla de psicólogo y policía que estudia con extraordinaria minuciosidad el significado de las expresiones faciales,

gestos y tonos de voz” (2008: 203). Las ciencias humanas —del cuerpo o de la mente— se han convertido entonces en brazos ejecutores de la normativa del poder.

2.2. CONTROL DE LA REALIDAD

Ya planteadas estas ideas, que servirán de trasfondo, analicemos ahora lo que en la novela se menciona como “control de la realidad” (42). Ya vimos cómo opera la mecánica de constante reescritura del pasado, de la que Winston forma parte debido a su trabajo en el Departamento de Registro. En el capítulo anterior, este tema fue abordado como un simple ejercicio propagandístico; sin embargo, sus fundamentos teóricos son más profundos. Uno de los *slogans* del Partido afirma que “el que controla el pasado, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado” (42); por su parte, O’Brien sostiene que “no existe sino lo que admite la conciencia humana” (278). Estas dos ideas confluyen en lo que Orwell menciona como *mutabilidad del pasado*: el pasado no es, sino que meramente fue: no existe ahora en ningún espacio físico en tanto que el Partido ha barrido con cualquier evidencia material de él, y lo ha erradicado también de la memoria colectiva, que es la única infalible y eterna. En sus palabras:

La mutabilidad del pasado es el eje del Ingsoc. Los acontecimientos pretéritos no tienen existencia objetiva, sostiene el Partido, sino que sobreviven solo en los documentos y en las memorias de los hombres. El pasado es únicamente lo que digan los testimonios escritos y la memoria humana. Pero como quiera que el Partido controla por completo todos los documentos y también la mente de todos sus miembros, resulta que el pasado será lo que el Partido quiera que sea. (224)

Winston, en su constante manejo de artículos y publicaciones para rectificar, debe tener gran cuidado de que sus memoria no “falle” (41), es decir, que no lo empuje a creer que el pasado difiere de su versión actual. Es propenso a esa clase de deslices; el diagnóstico de O’Brien es claro:

Estás trastornado mentalmente. Padeces de una memoria defectuosa. Eres incapaz de recordar los acontecimientos reales y te convences a ti mismo porque estabas decidido a no curarte. No estabas dispuesto a hacer el pequeño esfuerzo de voluntad necesario. Incluso ahora, estoy seguro de ello, te aferras a tu enfermedad por creer que es una virtud. (258)

Surge con esto una paradoja interesante: aunque reprime ferozmente al individuo “loco”, el Ingsoc es en sí mismo un apostolado a la locura. Su lucha incansable contra los cuestionamientos del trastornado no es en pos de una defensa del pensamiento racional, sino de una sinrazón propia, de una versión de los hechos también incoherente, pero funcional a sus intereses. Los papeles parecen haberse dado vuelta: cuando Winston sostiene que “la libertad es poder decir libremente que dos y dos son cuatro” (89), está abogando por la racionalidad, y se aferra a ella incluso cuando O’Brien intenta convencerlo de que “algunas veces sí [...]; pero otras veces son cinco. Y otras, tres. Y en ocasiones son cuatro, cinco y tres a la vez” (263).

Al final de la novela, en los sótanos del Ministerio del Amor, Orwell brinda una explicación muy didáctica, de boca de O’Brien: “Controlamos la materia porque controlamos la mente. La realidad está dentro del cráneo. [...] Somos nosotros quienes dictamos las leyes de la naturaleza” (278). Sin embargo, y a pesar de todo su empeño ideológico, es claro que el Partido no puede eximir a sus miembros de necesidades físicas tales como comer, beber, dormir, evitar las bombas, no caer desde gran altura... Fuera de estas cuestiones básicas, la realidad externa es inexistente para el habitante de Oceanía. Incluso la ciencia ha sido adaptada a esta forma de pensamiento: además de predicar esa “misteriosa identidad entre cuatro y cinco” (264), O’Brien expone:

Cuando navegamos por el océano o cuando predecimos un eclipse, nos puede resultar conveniente dar por cierto que la Tierra gira alrededor del sol y que las estrellas se encuentran a millones y millones de kilómetros de nosotros. Pero, ¿qué importa eso? ¿Crees que está fuera de nuestros medios un sistema dual de astronomía? Las estrellas pueden estar cerca o lejos según las necesitemos. ¿Crees que esa es tarea difícil para nuestros matemáticos? ¿Has olvidado el doblepensar? (279)

El *doblepensar* es el segundo pilar teórico del Ingsoc, y uno de los ejes conceptuales de la novela. Orwell lo define como “el poder, la facultad de sostener dos opiniones contradictorias simultáneamente, dos creencias contrarias albergadas a la vez en la mente” (225). Esta capacidad, indispensable para alterar el propio pensamiento al ritmo que marca el Partido, requiere práctica y disciplina, puesto que no se trata simplemente de mantenerse al corriente del discurso actual y darlo por verídico: un ejercicio de doblepensar exitoso implica también un olvido voluntario de cualquier recuerdo que contradiga la nueva verdad, para luego, “cuando vuelva a ser necesario, sacarlo del

olvido solo por el tiempo que convenga” (225). Por supuesto, estos ejercicios de memoria y desmemoria también deberán olvidarse:

Incluso para usar la palabra doblepensar es preciso emplear el doblepensar. Porque para usar la palabra se admite que se están haciendo trampas con la realidad. Mediante un nuevo acto de doblepensar se borra este conocimiento; y así indefinidamente, manteniéndose la mentira siempre unos pasos delante de la verdad. En definitiva, gracias al doblepensar ha sido capaz el Partido —y seguirá siéndolo durante miles de años— de parar el curso de la Historia. (226)

La palabra *negroblanco* (223) ayuda a terminar de comprender esta cuestión. Por un lado, aplicada a alguien que pregona las ideas correctas, se refiere elogiosamente a su disposición a creer que lo negro es blanco si así lo dicta el Partido en ese momento. Por el contrario, si se usa para referirse a un rival, implica una crítica a la incoherencia de su discurso, y a la forma descarada en que sostiene dos ideas contradictorias. El hecho de que esto sea en sí mismo una contradicción evidente no impide que la palabra sea empleada en ambos casos con pleno convencimiento.

Vemos que las contradicciones, de hecho, lejos de ser meras consecuencias colaterales de la tergiversación de la realidad, son un elemento central en la dinámica del Ingsoc. “La ideología oficial abunda en contradicciones incluso cuando no hay razón alguna que las justifique” (227), explica Goldstein en uno de los pasajes de su libro. Vemos, por ejemplo, los nombres de los cuatro ministerios en los que se organizan las tareas de gobierno: el Ministerio de la Paz se encarga de la guerra, el Ministerio de la Verdad centraliza a los diferentes departamentos encargados de la propaganda y la falsificación de la historia, el Ministerio de la Abundancia mantiene a la población de Oceanía sumida en el hambre y la miseria, el Ministerio del Amor administra castigos y suplicios. “Estas contradicciones no son accidentales, no resultan de la hipocresía corriente. Son ejercicios de doblepensar” (228). Toda la sociedad oceánica está organizada de esa manera:

Así, el Partido rechaza y vilifica todos los principios que defendió en un principio el movimiento socialista, y pronuncia esa condenación precisamente en nombre del socialismo. Predica el desprecio de las clases trabajadoras. Un desprecio al que nunca se había llegado, y a la vez viste a sus miembros con un uniforme que fue en tiempos el distintivo de los obreros manuales y que fue adoptado por esa misma razón. Sistemáticamente socava la solidaridad de la familia y al mismo tiempo llama a su jefe supremo con un nombre que es una evocación de la lealtad familiar. (227)

Dos de los *slogans* principales del Partido son también flagrantes contradicciones: “La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud” (33). Se hace visible la relación que la corrupción política guarda con la corrupción de la palabra. Orwell nos muestra hasta qué punto un adecuado manejo del lenguaje logra moderar los discursos con mayor eficacia que cualquier otra clase de censura. La apropiación del idioma por parte del Partido —ilustrada mediante la figura de la *neolengua*— resulta fundamental para impedir el desarrollo de pensamientos disidentes. Vemos que tras leer fragmentos del libro de Goldstein, Winston piensa que este solo dice cosas que él mismo habría dicho, “si le hubiera sido posible ordenar sus propios pensamientos y darles una clara expresión” (210). El rol del lenguaje, entonces, no se limita a la comunicación interpersonal, sino que es a partir de este que los sujetos estructuran su diálogo interno y elaboran conceptos propios. En el apéndice de la novela, Orwell se extiende al respecto:

Neolengua era la lengua oficial de Oceanía y fue creada para solucionar las necesidades ideológicas del Ingsoc o Socialismo Inglés. En el año 1984 aún no había nadie que utilizara la neolengua como elemento único de comunicación, ni hablado ni escrito. Los editoriales del *Times* estaban escritos en neolengua, pero era un *tour de force* que solamente un especialista podía llevar a cabo. Se esperaba que la neolengua reemplazara a la vieja lengua (o inglés corriente, diríamos nosotros) hacia el año 2050. (315)

Es interesante que esta regulación del lenguaje no apunte solo a facilitar los discursos favorables a la doctrina, sino también a evitar que cualquier idea contraria pudiera desarrollarse hasta el punto de tomar entidad conceptual: “La intención de la neolengua no era solamente proveer un medio de expresión a la cosmovisión y hábitos mentales propios de los devotos del Ingsoc, sino también imposibilitar otras formas de pensamiento” (315). La neolengua instalaba un medio lingüístico que daba sustento a las sistemáticas mentiras en el terreno de los hechos, y al mismo tiempo actuaba como cepo conceptual. El objetivo era lograr que cualquier forma de oposición “fuera literalmente impensable, o por lo menos en tanto que el pensamiento depende de las palabras” (315).

Syme, uno de los compañeros de Winston, erudito en la materia, no ocultaba su orgullo al decir que “la neolengua era el único idioma en el mundo cuyo vocabulario disminuía día a día” (59). En efecto, el trabajo fundamental de los especialistas del Partido no consistía en crear palabras, sino en eliminarlas. Los adjetivos y los verbos eran las víctimas principales de esta “poda del lenguaje” (58), puesto que se apuntaba a destruir

cualquier posible subjetividad o ambigüedad de significados. Continúa la explicación de Orwell en el apéndice:

Su vocabulario estaba construido de tal modo que diera la expresión exacta [...] a cada significado que un miembro del Partido quisiera expresar, excluyendo todos los demás sentidos, así como la posibilidad de llegar a otros sentidos por métodos indirectos. Esto se conseguía inventando nuevas palabras y desvistiendo a las palabras restantes de cualquier significado heterodoxo, y a ser posible de cualquier significado secundario. (316)

A medida que se perfeccionaba, la neolengua adoptaba una forma cada vez más plana, unidimensional. A cada significado correspondía una única palabra; lógicamente muchos significados eran quitados de raíz al eliminar toda posible forma de expresarlos verbalmente. Los restantes acababan despojados de todo matiz: “Por ejemplo: la palabra *libre* aún existía en neolengua, pero solo se podía utilizar en afirmaciones como «este perro está libre de piojos», o «este prado está libre de malas hierbas»” (316). Al haber eliminado del terreno de los hechos cualquier forma posible de libertad, desaparecían también las palabras que las representaban como concepto.

Los sinónimos constituían otro foco de conflicto, dada la vaguedad de sus significados, y por lo tanto eran eliminados por completo. La existencia de dos o más palabras para expresar la misma idea era contraria al espíritu de la neolengua. En cuanto a los antónimos, Syme señala lo absurdo que resulta utilizar una palabra solo por ser la contraria de otra, dado que “toda palabra contiene en sí misma su contraria” (59). Los términos se construían entonces a partir de la adición de prefijos y sufijos que los negaran o reafirmaran: “Si tienes una palabra como «bueno», ¿qué necesidad hay de la contraria, «malo»? *Nobueno* sirve exactamente igual, mejor todavía, porque es la palabra exactamente contraria a «bueno» y la otra no” (59). Los superlativos pasaban a construirse con los prefijos “*plus*” o “*dobleplus*”, según el énfasis deseado. “*Plusbueno* basta para decir lo que es mejor que lo simplemente bueno y *dobleplusbueno* sirve perfectamente para acentuar el grado de bondad. [...] Al final todo lo relativo a la bondad podrá expresarse con seis palabras; en realidad una sola” (59).

El objetivo último era lograr un lenguaje tan lineal que fuera casi innecesario pensar para utilizarlo, “disminuir el área del pensamiento, [...] reduciendo el número de palabras al mínimo indispensable” (316). Un habla automática limitada a las fronteras de la neolengua eliminaba para siempre la posibilidad de un pensamiento disidente; más

aún al pasar los años, cuando esta hubiera sido adoptada como única lengua, y el recambio generacional erradicara para siempre todo posible foco de contagio del viejo idioma y sus peligrosas vaguedades. También los libros antiguos serían eliminados o reemplazados por sus versiones neolingüísticas. El inglés no solo dejaría de existir, sino que nunca habría existido. Syme se entusiasma al pensar que, en el futuro, “todo el clima del pensamiento será distinto. En realidad, no habrá pensamiento en el sentido en que ahora lo entendemos” (61). Sin embargo, aunque totalmente ortodoxo y fiel a los principios del Ingsoc, él mismo acabará siendo *vaporizado*. Winston lo anticipa:

De pronto tuvo Winston la profunda convicción de que uno de aquellos días *vaporizarían* a Syme. Es demasiado inteligente. Lo ve todo con demasiada claridad y habla con demasiada sencillez. Al Partido no le gustan estas gentes. Cualquiera día desaparecerá. Lo lleva escrito en la cara. (61)

Las *vaporizaciones*, lejos de ser simples ejecuciones, implicaban un súbito cambio en la condición del sujeto: en el momento en que este caía en desgracia, pasaba a ser una *nopersona* —palabra neolingüística—, alguien que no había muerto sino que nunca había vivido. Las *nopersonas* eran eliminadas de todo posible registro documental, así como del recuerdo de quienes pudieran haberlas conocido. Recordar a una *nopersona* —esto nos lleva al principio— era un síntoma de locura, una señal de que la mente no estaba funcionando como debía.

2.3. LOS SACERDOTES DEL PODER

Volvamos entonces, brevemente, a la cuestión del poder y su manejo de la locura. Históricamente, los manicomios fueron depósitos de individuos cuya exaltación mental podía contener el germen de una rebelión de las conciencias. El objetivo real de la institución manicomial nunca fue ofrecer una cura al sufrimiento psíquico de sus internos, sino aislarlos y volverlos invisibles. Era necesario, para preservar la estructura, negar toda posibilidad de disenso: no hablamos de reprimirla solamente, sino de negarla, esconderla, quitarla del alcance de la vista.

Aunque por otros medios, también el Partido oculta a los “criminales mentales”, impide que cobren notoriedad: tal como O’Brien explica, su método inquisitorio se ha

perfeccionado lo suficiente como para no engendrar mártires, ni dejar el cabo suelto de presentar ante el gran público a los disidentes mientras todavía lo son. Por el contrario, eligen primero “curarlos”; solo entonces los ejecutan, cuando ya no queda en ellos ningún rastro de resistencia o locura:

En la Edad Media había la Inquisición. No funcionó. Pretendían erradicar la herejía y terminaron por perpetuarla. En las persecuciones antiguas por cada hereje quemado han surgido otros miles de ellos. ¿Por qué? Porque se mataba a los enemigos abiertamente y mientras aún no se habían arrepentido. Se moría por no abandonar las creencias heréticas. Naturalmente, así toda la gloria pertenecía a la víctima y la vergüenza al inquisidor que la quemaba. (266)

No es difícil ver, sin embargo, hasta qué punto el Partido se ha hecho cargo del legado de esas antiguas inquisiciones. Ha cambiado, quizás, el modo de proceder, pero la mecánica conceptual se ha mantenido intacta. Lo vemos cuando O’Brien afirma: “Somos los sacerdotes del Poder” (277). El Partido no niega a Dios —como podría pensarse a primera vista, al confesar Winston sus supuestas “creencias religiosas” (255)—, sino que lo reemplaza: “El Poder es Dios” (277). En otra de sus tantas contradicciones, el Ingsoc condena y rechaza la religión, pero al mismo tiempo impone la creencia de que un individuo intangible, omnisciente y omnipotente, vela por Oceanía y es el responsable directo de cuanta maravilla exista en ella. El Poder y el Gran Hermano, ya sea ambos en simultáneo o siendo uno solo —no hay en esto incompatibilidad alguna, si pensamos en la Trinidad de la teología cristiana—, han heredado el lugar que Dios dejó vacante tras su muerte a manos de la filosofía moderna. Los miembros del Partido Interior se constituyen entonces como el nuevo núcleo duro de la prédica doctrinaria, la moderna encarnación de la maquinaria clerical.

Vienen a relación algunas ideas de Foucault, respecto a la institucionalización del cristianismo y a su rol en el desarrollo de los estados occidentales: además de un novedoso código ético, la Iglesia trajo consigo un nuevo tipo de relación de poder, al que se refiere como *poder pastoral*. Una de sus características principales nos remite de inmediato al sistema de dominación puesto en marcha por el Partido: “... esta forma de poder no puede ejercerse sin conocer el pensamiento interior de la gente, sin explorar sus almas, sin hacerlos revelar sus secretos más íntimos. Ello implica el conocimiento

de la conciencia y la habilidad de guiarla”.⁸ En cierto modo, puede decirse que el poder pastoral implementó una temprana forma de cordura, “un tipo de relación [...] respecto a la verdad” (2006b: 218). Aunque todavía lejos de la aparición de la psiquiatría, la imposición de un dogma de fe desempeñaba el mismo rol dicotomizante, separando a los herejes de los devotos y estableciendo el trato diferenciado que debía darse a cada uno. Al pastorado se le debe la creación de esta inédita técnica “a la vez de poder [y] de investigación y examen de sí y de los otros mediante la cual una verdad [...] será el elemento a través del cual se ejercerá el poder” (218).

Hacia el final de la novela, Winston es interrogado sobre el curso actual de la guerra. Tal como ocurre con casi todo, la versión oficial es fluctuante, y es su deber como miembro del Partido mantenerse al día. Aparece aquí el punto fundamental: O’Brien no busca simplemente una respuesta “correcta” según los saberes oficiales de turno; por el contrario, le exige: “La verdad, por favor, Winston. Tu verdad” (Orwell, 2008: 259). Este “tu verdad”, lejos de invitar a la enunciación libre su propio pensamiento, no busca sino arrancárselo, extraerlo a manera de confesión, convirtiéndolo en una especie de botín tras el saqueo de su territorio mental. La verdad oficial vendrá luego a rellenar el vacío generado. O’Brien así lo confirma: “Al hereje político le quitamos todo el mal y todas las ilusiones engañosas que lleva dentro; lo traemos a nuestro lado, no en apariencia, sino verdaderamente, en cuerpo y alma” (267). Esta potestad de “llevar y traer” —ya sea los cuerpos, ya sea las almas— está presente en la caracterización del poder pastoral de Foucault:

... [se trata de] todo un arte de conducir, dirigir, encauzar, guiar, llevar de la mano, manipular a los hombres, un arte de seguirlos y moverlos paso a paso, un arte cuya función es tomarlos a cargo colectiva e individualmente a lo largo de toda su vida y en cada momento de su existencia. (2006b: 159)

Es muy importante comprender este punto: el objetivo no es someter al rebaño a la quietud, sino dirigirlo, moverlo a voluntad, llevarlo hacia un lado o hacia otro. En este sentido, Foucault explica también que el poder pastoral no se ejerce sobre un territorio, sino sobre una población (158): el rebaño no está estacado al suelo, sino sujeto a una movilidad controlada. Tanto en el terreno físico como en el campo de las subjetividades, el hombre sometido es arreado como el ganado al que se hace pastar. En línea con esto,

⁸ FOUCAULT, M. (1988) «El sujeto y el poder» [en línea], *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3: 3-20. [Consultado el 17-01-2016]. Disponible en <http://tinyurl.com/jg737v2>.

las fronteras de Oceanía varían de un momento a otro, según sople el viento de las contiendas militares, sin que esto implique la necesidad de que el Partido modifique en absoluto su estructura para abarcar nuevos espacios o establecer su dominio sobre nuevas masas humanas. Los prisioneros extranjeros son capturados y ejecutados, y los nuevos terrenos no representan nada más que una alteración en el mapa. De la misma forma, la pérdida de territorio es indiferente a los engranajes del Partido.

Dirá Foucault que aquí el hombre ha aceptado convertirse en una oveja entre ovejas (159), bajo la tutela de una figura de autoridad que encarna la voluntad de una fuerza mayor, capaz de protegerlo de cualquier peligro. Con el poder pastoral ha nacido la política del rebaño: mediante un contrato tácito, se le otorga al pastor la potestad de dirigir el colectivo; a cambio, deberá garantizarle seguridad. El hombre se ha vuelto gobernable, su conducta puede ahora ser moldeada por una mano superior que establece los valores y excluye a quienes los rechazan, dejándolos librados a su suerte. Recordemos la importancia del miedo en los mecanismos de dominación totalitaria; esta obligación de proteger al grupo, lejos de pesar como una incómoda exigencia, funda entonces una mecánica implícita de interacción extorsiva. Analicemos entonces este fragmento de la novela:

En todo Londres había aparecido de pronto un nuevo cartel que se repetía infinitamente. No tenía palabras. Se limitaba a representar, en una altura de tres o cuatro metros, la monstruosa figura de un soldado eurasiático que parecía avanzar hacia el que lo miraba, una cara mongólica inexpresiva, unas botas enormes y, apoyado en la cadera, un fusil ametralladora a punto de disparar. Desde cualquier parte que mirase uno el cartel, la boca del arma, ampliada por la perspectiva, por el escorzo, parecía apuntarle a uno sin remisión. No había quedado ni un solo hueco en la ciudad sin aprovechar para colocar aquel monstruo. (Orwell, 2008: 157)

Muy revelador resulta ver que “había más retratos de este enemigo simbólico que del propio Gran Hermano” (157). Julia, por su parte, se muestra casi convencida de que “las bombas cohete que caían diariamente sobre Londres eran lanzadas por el mismo gobierno de Oceanía solo para que la gente estuviera siempre asustada” (161). La fabricación de peligros inminentes sirve al poder para justificar su accionar en nombre de la supervivencia del conjunto, aun cuando esto implique sacrificar al individuo. O’Brien rechaza la idea de un gobierno en pos del bien de la mayoría; en cambio, plantea que el Partido busca el poder solo por el poder mismo (276). Sin

embargo, el discurso implícito —o no tanto— que se baja a los ciudadanos es que la caída del régimen representaría la destrucción de Oceanía a manos de los ejércitos enemigos.

El Partido fuerza el intercambio de libertad por seguridad: transacción engañosa. Aparece entonces la figura de Emmanuel Goldstein, eterno antagonista, aliado alternativamente de Eurasia o Asia Oriental. Su paradero es incierto, poco o nada se sabe de él; no obstante, en términos conceptuales, representa el contrapunto necesario para que el Gran Hermano cobre entidad y se consolide como única figura capaz de mantener a raya su nefasta influencia. Se establece entonces un juego de opuestos, una antinomia entre un bien y un mal absolutos que prepara el terreno para que también los pensamientos y emociones operen de manera binaria.

Los ejercicios de encauzamiento emocional son constantes: al no haber logrado aún erradicar del todo algunos sentimientos elementales, el Partido ha optado por dirigirlos, canalizarlos de tal manera que sirvan a sus propósitos. El amor, entonces, ya no circula libremente, sino que es dirigido a la fuerza hacia la figura del Gran Hermano. El odio, por su parte, le corresponde a Goldstein. La existencia física de cualquiera de estas figuras es tan dudosa como irrelevante: a lo largo de la historia, Winston duda reiteradas veces de que sean, en efecto, personas reales, que existan “en el mismo sentido en que él existe” (272). Sea como sea, resulta más sencillo lograr que la población manifieste sentimientos viscerales hacia individuos con voz y rostro que hacia meras doctrinas.

Al principio de la novela, Orwell nos muestra este ejercicio en acción durante los *Dos Minutos de Odio*: a la proyección de imágenes atroces —soldados extranjeros cometiendo matanzas, avanzando decididos hacia el auditorio— se agrega un primer plano del rostro de Goldstein, que vocifera absurdas ideas de libertad y lanza toda clase de acusaciones hacia el Partido.⁹ En respuesta, “un éxtasis de miedo y venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar rostros con un martillo, parecían recorrer a todos los presentes” (20). Se logra con esto un doble objetivo: dar una vía de escape a los

⁹ Nótese la evidente similitud física entre este personaje y León Trotski: “Era un rostro judío, delgado, con una aureola de pelo blanco y una barbita de chivo” (20). A este parecido debemos sumar los paralelismos entre las historias de ambos: partícipes fundamentales de sus respectivas revoluciones, fueron luego demonizados por las cúpulas de sus estados y debieron refugiarse en el extranjero.

sentimientos que se fuerza a reprimir, y reforzar con ellos el apego fanático a la propia doctrina.

En la pantalla irrumpe entonces el rostro del Gran Hermano, poniendo fin a esas escenas terribles, y constituyéndose como el salvador de la población de Oceanía (22). Esa idea de salvación reaparecerá al final: “Te salvaré, Winston” (257), promete O’Brien, e ilustra con esto un punto fundamental: precisamente, “salvar a la totalidad y a cada uno” (Foucault, 2006b: 198) es la misión del pastor. Aunque ejercido sobre un rebaño, el poder pastoral es al mismo tiempo un poder individualizador, centrado en cada uno de los sujetos que componen el conjunto. Es por eso que O’Brien se toma “tantas molestias” (Orwell, 2008: 258) con Winston. Así se lo explica: “Tú, Winston, eres una mancha en el tejido; una mancha que debemos borrar. [...] Nos resulta intolerable que un pensamiento erróneo exista en alguna parte del mundo, por muy secreto e inocuo que pueda ser” (267).

Ese interés por lo secreto, esa necesidad de hacer visibles hasta las transgresiones más íntimas, pone al interrogatorio en el centro de la escena, e instala la tortura como práctica habitual. Es necesario extraer todo aquello que el sujeto calla, extraerlo a través de su boca, forzar una enunciación de la propia desobediencia que será al mismo tiempo una profunda renuncia a ella. Solo entonces, al arrepentirse y confesar en detalle, se expían las culpas y se retorna al manto de protección que el poder ofrece a quienes se someten a él. O’Brien relata la reconversión exitosa de tres miembros del Partido que se habían apartado del buen camino: “... al final no los dominaba el miedo ni el dolor, sino solo un sentimiento de culpabilidad, un afán de penitencia. [...] Nada quedaba en ellos sino el arrepentimiento por lo que habían hecho y amor por el Gran Hermano” (268).

Quizás el aspecto más curioso de esta idea de salvación es que no se ofrece, sino que se impone. El sujeto no tiene la facultad de negarse, no puede decir: “Pues bien, yo no quiero salvarme” (Foucault, 2007c: 24); claramente, como vemos, Winston no puede hacerlo. El poder del pastor radica precisamente en imponer una salvación obligatoria. Y aunque se trata de una meta individual, en tanto que cada uno debe alcanzarla por sí mismo, solo puede lograrse mediante la participación de un tercero, cuya autoridad se reconozca hasta el punto de aceptar someterse a su juicio implacable.

Esta práctica confesional nace en el seno de la institución católica, tal como plantea Foucault en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*. La potestad de evaluar las conciencias pervive aún hoy, en manos de diversas disciplinas, pero era originalmente el sacerdote, en su rol de intermediario entre lo humano y lo divino, el único que podía prestar su oído a tales confidencias. Aunque sutil, podemos encontrar un punto de contacto entre la dinámica de las confesiones y el mecanismo del Panóptico: en un sentido simbólico, el sacerdote *ve* a quien confiesa (ve su alma, conoce su mundo interior), pero no puede ser visto (nada sabe el penitente sobre la intimidad de aquel). Algunas líneas de Foucault suscriben a esta idea:

La instancia de dominación no está del lado del que habla (pues es él el coercionado) sino del que escucha y se calla; no del lado del que sabe y formula una respuesta, sino del que interroga y no pasa por saber. Por último, este discurso verídico tiene efectos en aquel a quien le es arrancado y no en quien lo recibe. (2011: 63)

Se establece, así, una relación de poder entre las partes: uno ve, conoce, juzga; el otro solo es visto y sometido al juicio de una voz impávida, una emanación divina que llega a través de un enrejado de madera. Con la caída de las teocracias en Occidente, este mecanismo se adapta a las estructuras de los estados laicos. El rol que solía ocupar el confesionario pasa a manos de disciplinas que manejan al individuo en términos de sujeto sometido a un análisis, dejando un poco atrás la preeminencia del bien y el mal: la psiquiatría, la medicina en general, la psicología, la ley; todas ellas indagan en los aspectos ocultos del individuo y establecen el mismo tipo de relación de conocimiento dispar:

... la confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, [...] en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia [...] El hombre, en Occidente, ha llegado a ser un animal de confesión. (60)

La exhortación a confesar nos llega ahora desde ámbitos que a primera vista no calificaríamos de “confesionales”. Si volvemos a la psiquiatría, vemos que, en lo que atañe al loco, la rehabilitación comienza al reconocerse como tal: “... [la psiquiatría] le exige una confesión, un examen de conciencia, una explicación de sí mismo, una aclaración de lo que él es” (Foucault, 1996: 158).

3. LA TRAICIÓN DEL CUERPO HUMANO

3.1. LOS CUERPOS DÓCILES

Hablamos al principio de que el poder disciplinario no se caracteriza por la apropiación de aquello que los cuerpos producen, sino por la absoluta captación del cuerpo en sí mismo, de cada movimiento, gesto o conducta. La organización minuciosa de los tiempos y los espacios logra aprisionar a los cuerpos en una estricta red de órdenes y deberes. La disciplina impone “a cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo. [...] El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay” (Foucault, 2006: 146). Así lo vemos en las oficinas del Departamento de Registro. Los empleados se encuentran distribuidos en pequeños cubículos individuales, sujetos a un aislamiento físico que se traslada luego a su dinámica de trabajo: cada uno cumple con su tarea, e ignora por completo las tareas de los demás. Winston se plantea incluso la posibilidad de que otras personas en ese mismo piso estén abocadas a rectificar el mismo artículo del *Times* que le había sido encomendado a él:

Era perfectamente posible. Una tarea tan difícil y complicada no podía estar a cargo de una sola persona. Por otra parte, encargarla a un grupo sería admitir abiertamente que se estaba realizando una falsificación. Muy probablemente, una docena de personas trabajaban al mismo tiempo en distintas versiones rivales. (Orwell, 2008: 53)

Los funcionarios del Departamento de Registro trabajan juntos, entonces, pero separados: sus tareas se complementan e incluso se apoyan unas sobre otras; todos son parte de la misma labor de reescritura del pasado, pero sus cuerpos se encuentran meticulosamente dispuestos por la mano del Partido, como las diferentes piezas de un mecanismo. Esta organización cuidadosa refleja la estructura de la sociedad toda. Tal como vimos en el primer capítulo, Oceanía se compone de una gran masa de individuos aislados obligados a funcionar en conjuntos; multitudes exaltadas por un nacionalismo visceral, pero formadas por hombres y mujeres confinados en las fronteras de sus propios cuerpos; sujetos impedidos de vincularse entre sí, pero sin embargo unificados bajo el sentimiento de pertenencia a un inmenso colectivo.

Hay en el totalitarismo un temor profundo a los cuerpos libres, puesto que se constituyen como una manifestación de la individualidad de los sujetos. Para un correcto funcionamiento de la mecánica del poder, el cuerpo colectivo debe opacar al individual. Las nuevas formas de manejar las masas de cuerpos humanos son un asunto recurrente en la ficción distópica. En coincidencia, plantea Foucault:

El momento histórico de las disciplinas es el momento en que nace un arte del cuerpo humano. [...] Fórmase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos. El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una “anatomía política”, que es igualmente una “mecánica del poder”, está naciendo. (2006: 141)

Durante largo tiempo, la tradición occidental —embebida en los cánones morales del cristianismo— vio al cuerpo como una fuente de pecado, el vector de la caída en desgracia. El Partido, en cambio, habla del *criminal* como el crimen por excelencia. Aun así, el doblepensar no solo exige domesticar la mente, sino confrontar también con la realidad del propio cuerpo: “El Partido os decía que negaseis la evidencia de vuestros ojos y oídos. Esta era su orden esencial” (Orwell, 2008: 88). También Goldstein enuncia esto: “No solo se le exige al miembro del Partido que tenga las opiniones que se consideran buenas, sino también los instintos ortodoxos” (222).

Cualquier anomalía orgánica adopta entonces un significado político. En consecuencia, y aunque en un sentido muy básico, los primeros actos de resistencia de Winston son motivados por problemáticas corporales, o bien manifestados a través de síntomas físicos: “Constantemente se rebelaban el estómago y la piel con la sensación de que se les había hecho trampa privándoles de algo a lo que tenían derecho” (67). Vemos, por ejemplo, con cuánta dificultad llega hasta su departamento, en el séptimo piso: “Con sus treinta y nueve años y una úlcera de varices por encima del tobillo derecho, subió lentamente, descansando varias veces” (7). También los ejercicios físicos matutinos le resultan un martirio: el cuerpo le duele y el esfuerzo le produce terribles ataques de tos (43). Por su parte, el paisaje ruinoso de la ciudad, el constante estruendo de las telepantallas y la repugnancia de los alimentos sintéticos extienden el maltrato a toda la esfera sensorial.

Lo esperable era que los miembros del Partido soportasen esto sin el menor gesto de disgusto: al principio, vemos a Winston ahogar sus pensamientos y adoptar “la expresión de tranquilo optimismo que era prudente llevar al enfrentarse con la telepantalla” (10). En uno de los capítulos siguientes, en cambio, comienza su jornada laboral con un “hondo e inconsciente suspiro” (45) que no fue capaz de contener. Él sabe muy bien que esos exabruptos incontrolables encarnan un gran peligro: “... nuestro peor enemigo [...] es nuestro sistema nervioso” (71), concluye luego, al pensar en aquellos que no logran controlar sus expresiones faciales, trasluciendo su descontento a través de lo que se denomina *caracrimen* (69). La Policía del Pensamiento presta especial atención a estas señales. Y aun cuando el rostro y hasta la respiración pueden ser controlados, “lo que no podía controlarse eran los latidos del corazón y la telepantalla los recogía con toda exactitud” (86). Finalmente incluso Parsons, vecino de Winston, entusiasta devoto del Partido, termina siendo *vaporizado* por hablar en sueños.

El instinto y el acto inconsciente son más poderosos que la intención de neutralizarlos, dado que el cuerpo obra contra toda razón o lógica doctrinaria. En última instancia, esa es su mayor virtud y a la vez su vulnerabilidad máxima. Escribe Winston en su diario: “Si hay alguna esperanza [...] está en los proles” (77). Ve en sus cuerpos robustos y firmes la manifestación del poderío animal, imposible de controlar a través de mecanismos ideológicos: “... si pudieran darse cuenta de su propia fuerza, no necesitarían conspirar. Les bastaría con encabritarse como un caballo que se sacude las moscas. Si quisieran podrían destrozar el Partido mañana por la mañana” (77). Desde su refugio con Julia, ve a una mujer proletaria colgando ropa y cantando en su patio, y queda fascinado con su “sólido y deformado cuerpo, como un bloque de granito” (231).

Aun así, sabe que algo falta: su capacidad de rebelión se limita a una estampida animal sin dirección concreta, pura fuerza bruta sin provecho. Así como el cuerpo de Winston se queja pero no puede por sí solo dar una forma clara a su resistencia, el levantamiento de los proles solo equivaldría al rapto de furia del ganado que embiste desordenadamente el corral: “... incluso cuando cundía entre ellos el descontento, como ocurría a veces, era un descontento que no servía para nada porque, por carecer de ideas generales, concentraban su instinto de rebeldía en quejas sobre minucias de la vida

corriente” (79). La gran paradoja consiste en que lo que los hacía libres¹⁰ —su ausencia de preocupaciones y “sutilezas mentales” (231)— era al mismo tiempo lo que les impedía darle a su cuerpo un verdadero uso emancipador, puesto que desconocían incluso su condición de oprimidos.

Paralelamente, si analizamos las descripciones presentes en la novela, vemos que Orwell utiliza el cuerpo como símbolo del orden social: una sociedad degenerada produce tipos físicos penosos. Los proles, excluidos y librados a una vida rústica, presas de su propia ignorancia, se embrutecen hasta convertirse en poco más que corpulento ganado. Los miembros del Partido, por su parte, exhiben en su piel la corrupción de su régimen. Winston mismo es un individuo gris, enfermo, prematuramente envejecido: Orwell nos lo presenta al principio de la novela como “una figura pequeña y frágil cuya delgadez resultaba realizada por el «mono» azul, uniforme del Partido” (8). Estos organismos débiles o desagradables, que constituyen el producto real del aparato totalitario, contrastan con la ostentación de los saludables y poderosos cuerpos de la propaganda tradicional:

Es muy fácil, pensó Winston, siempre que no mire uno en torno suyo, creer que el tipo físico fijado por el Partido como ideal —los jóvenes altos y musculosos y las muchachas de escaso pecho y de cabello rubio, vitales, tostadas por el sol y despreocupadas— existía e incluso predominaba. Pero en la realidad, la mayoría de los habitantes de la Franja Aérea Número 1 eran pequeños, cetrinos y de facciones desagradables. (67)

Durante la pausa del almuerzo, Winston recorre la cantina con la mirada. Incontables trabajadores de diferentes áreas y departamentos se apiñan en sucias mesas, y sorben con mucho o poco entusiasmo un grasoso caldo sintético. A primera, vista le sorprende la fealdad de casi todos. Luego se centra en un individuo en particular, “un hombrecillo con aspecto de escarabajo” (67), que está sentado solo en un rincón. Mientras lo observa, piensa con cierta sorpresa en lo habitual que resulta encontrar ese tipo físico en particular entre los funcionarios de los ministerios: “... hombrecillos que engordaban desde muy jóvenes, con piernas cortas, movimientos toscos y rostros inescrutables, con ojos muy pequeños. Era el tipo que parecía florecer bajo el dominio del Partido” (67).

¹⁰ Claramente, hablamos de una libertad relativa. “Los proles y los animales son libres” (80), dice el Partido. Esto significa que no intenta adoctrinarlos, ni pesa sobre ellos una vigilancia exhaustiva: apenas “unos cuantos agentes de la Policía del Pensamiento circulaban entre ellos, esparciendo rumores falsos y eliminando a los pocos considerados capaces de convertirse en peligrosos” (79).

Con esta última frase, Orwell está hablando de una facultad implícita ya no de inspeccionar o dirigir los cuerpos, sino también de moldearlos, de condicionar sus formas. Podemos ver esto como una puesta en práctica de lo que Foucault menciona como *docilidad*: “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (2006: 140). Claro está que no se trata aquí de una perfección que responda a nociones de salud o parámetros de belleza: en la lógica disciplinaria, el cuerpo perfecto es aquel que desempeña correctamente su función y que, de ser posible, es incluso incapaz de volcarse a actividades superfluas o improductivas. El objetivo principal es lograr un óptimo manejo del cuerpo humano individual en términos de máquina, producir “cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos «dóciles»” (142); en paralelo, opera también una política de administración que apunta a lo grupal, referida como *biopolítica* (2011: 132), que se basa en la comprensión de cada uno de esos individuos como parte de una especie, y en la regulación de sus procesos biológicos comunes (nacimiento, desarrollo, reproducción, etcétera).

Orwell se refiere a las debilidades orgánicas y a las funciones físicas involuntarias como “la traición del cuerpo humano” (2008: 109). Cuando Winston piensa en “la inutilidad biológica del dolor y del miedo” (109), comete el error de analizarlo sin salir de su propia perspectiva. Pasa por alto entonces el punto fundamental: inútiles para él, ambos reflejos resultan funcionales a los intereses del Partido. En el temor y la fragilidad orgánica del individuo se asienta la bota del régimen autoritario. Basta con ver la explicación de O’Brien: “El poder radica en infligir dolor y humillación. El poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas elegidas por ti” (280). Es el cuerpo el espacio primero donde recae cualquier intervención disciplinadora, aun cuando el verdadero destinatario —el alma, la mente, según se prefiera— busque resguardo desesperadamente en el interior.

En la antigüedad, estos ejercicios solían constituir un espectáculo público, a través del cual se visibilizaba el derecho del régimen a disponer de los sujetos. Servía, a su vez, de advertencia: se exhibían sin reparos para ilustrar las consecuencias de la transgresión, el crimen o la desobediencia.¹¹ El Partido, en cambio, parece haber considerado

¹¹ Véanse las primeras páginas de *Vigilar y castigar*, en las que Foucault reproduce un detallado relato del martirio público de Robert-François Damiens, autor de un fallido atentado contra Luis XV.

innecesario montar tal escena, puesto que ningún ciudadano de Oceanía ignoraba el destino de los criminales mentales, y el terror se propagaba ya con suficiente eficacia a través del silencio que se guardaba al respecto. En la novela, entonces, la tortura tiende a realizarse en privado, y sus efectos solo se muestran a la propia víctima. Así le sucede a Winston: luego de las largas jornadas en los sótanos del Ministerio del Amor, se ve a sí mismo en el espejo y apenas logra reconocerse:

Una especie de esqueleto muy encorvado y de un color grisáceo andaba hacia él. La imagen era horrible. Se acercó más al espejo. La cabeza de aquella criatura tan extraña aparecía deformada, ya que avanzaba con el cuerpo casi doblado. Era una cabeza de presidiario con una frente abultada y un cráneo totalmente calvo, una nariz retorcida y los pómulos magullados, con unos ojos feroces y alertas. Las mejillas tenían varios costurones. (284)

La descripción original continúa. Nótese que, mientras el cuerpo sexuado de Julia y el admirado físico de la mujer proletaria son apenas descritos brevemente, el estado de decadencia de Winston amerita para Orwell una descripción más detallada. Imágenes de organismos decadentes y cuerpos en su peor estado han servido, a lo largo de la historia del arte, como recurso para expresar nuestra debilidad ante las múltiples inclemencias del afuera. Pintores de toda índole nos han confrontado durante siglos con nuestra propia insignificancia. El autoexamen de Winston cumple una función similar: recordarle que su cuerpo perece fácilmente, en contraste con el cuerpo grupal del Partido. Rompe en llanto, finalmente, al darse plena cuenta “de su terrible fealdad, de su inutilidad, de que era un montón de huesos envueltos en trapos sucios” (286).

3.2. EL ÚLTIMO HOMBRE

Tal como O'Brien se encarga de señalar, Winston representa a la humanidad. Así se lo dice, luego de obligarlo a contemplar su penoso estado: “¿Ves eso que tienes enfrente? Es el último hombre. Si eres humano, esa es la Humanidad” (282). Agregará luego: “Ya has visto cómo está tu cuerpo. Pues bien, tu espíritu está en el mismo estado” (286). El enemigo del Partido, en última instancia, es el hombre, el sujeto humano entendido como algo más que una mera entidad biológica. Mencionamos la biopolítica, que ejerce su presión sobre las masas a través de un manejo sistematizado de sus avatares fisiológicos comunes; recordemos también la pretensión del Partido de “dictar las leyes

de la Naturaleza” (278). Todas sus luchas, tanto en el terreno real como en el simbólico, apuntan a erradicar aquello que convierte al ser humano en *persona*: pensamientos autónomos, emociones, impulsos.

El poder persigue un ideal de uniformidad absoluta, de reglas sin excepciones. Vemos, por ejemplo, que todos los miembros del Partido Exterior visten el mismo mono azul como uniforme. La idea que se proyecta a futuro, al profundizarse el control sobre los procesos biológicos, es aún más normalizadora: “Los niños se les quitarán a las madres al nacer, como se les quitan los huevos a la gallina cuando los pone. [...]. La procreación consistirá en una formalidad anual como la renovación de la cartilla de racionamiento” (280). Algunos entusiastas incluso defendían el celibato y proclamaban las ventajas de la inseminación artificial. La idea de familia constituía un posible núcleo de conflictos, puesto que tendía a generar una red de fidelidades mutuas. Se saboteaban, entonces, los afectos filiales: “Los hijos eran enfrentados sistemáticamente contra sus padres y se les enseñaba a espiarles y a denunciar sus desviaciones. La familia se había convertido en una ampliación de la Policía del Pensamiento” (141).

El objetivo subyacente era abolir paulatinamente cualquier lazo interpersonal auténtico. En el plano lingüístico, el uso de la palabra “camarada” se había extendido hasta el punto de reemplazar cualquier otro apelativo que pudiera denotar un tratamiento personalizado hacia el interlocutor. Lo vemos, por ejemplo, en el caso de la señora Parsons, vecina de Winston: “... *señora* era una palabra desterrada por el Partido, ya que había que llamar a todos *camaradas*, pero con algunas mujeres se usaba todavía instintivamente” (27). Explica O’Brien:

Ya estamos suprimiendo los hábitos mentales que han sobrevivido de antes de la Revolución. Hemos cortado los vínculos que unían al hijo con el padre, un hombre con otro y al hombre con la mujer. Nadie se fía ya de su esposa, de su hijo ni de un amigo. Pero en el futuro no habrá ya esposas ni amigos. (280)

La noción de amistad, de hecho, ya estaba desapareciendo. El encuentro de Winston con Syme así lo ilustra: “Era su amigo Syme [...]. Quizás no fuera «amigo» la palabra adecuada. Ya no había amigos, sino camaradas. Pero persistía una diferencia: unos camaradas eran más agradables que otros” (56). Finalmente, el ejemplo máximo: Orwell es contundente al referirse como “prueba delictiva” (115) al pequeño papel en el que Julia envía su furtivo mensaje de amor. Este constituía, a la vez, la evidencia y el crimen

en sí mismo: tal como ocurría con el diario de Winston, el hecho de haber escrito las palabras “te quiero” no era en sí mismo más riesgoso que haber tenido ese sentimiento.

Es notable hasta qué punto el Partido “había persuadido a la gente de que los simples impulsos y sentimientos de nada servían” (173). Incluso los entretenimientos banales fomentaban la insensibilidad: las películas giraban invariablemente en torno a temas bélicos, y no escatimaban escenas de violencia explícita y sin sentido: el público reía al ver ahogarse a un refugiado mientras su sangre enrojecía el agua, y más aún cuando un helicóptero hacía volar en pedazos una lancha llena de niños aterrorizados (14). También Winston, aunque en profundo desacuerdo con la moral imperante, se había endurecido: “... recordó que unas semanas antes había visto sobre el pavimento una mano arrancada en un bombardeo y que la había apartado con el pie tirándola a la alcantarilla como si fuera un inservible troncho de lechuga” (174). La única excepción a todo esto resultan ser los proles: despreciados por el Partido hasta el punto de considerarlos animales, han quedado afuera de la red de adoctrinamiento emocional. En consecuencia, carecen de fidelidades políticas, pero se guardan en cambio “mutua lealtad unos a otros” (173). Winston reflexiona sobre eso, y finalmente concluye: “Los proles son seres humanos [...]. Nosotros, en cambio, no somos humanos” (174).

Para ellos —los miembros del Partido—, el odio es la única emoción legítima; no solo se les permite odiar, sino que se los incita a hacerlo. El odio es acaso lo único que mueve a la sociedad de Oceanía, el combustible que mantiene el sistema en marcha. En un mundo en el que todo lazo afectivo ha sido abolido y olvidado, tener un blanco en común para el descontento acumulado en el día a día es quizás la única forma de mantener la cohesión. La guerra juega en esto un papel fundamental. Oceanía, Eurasia y Asia Oriental, “en una combinación o en otra, están en guerra permanente y llevan así veinticinco años” (194). Como dijimos, esta guerra constante ya no tiene por objetivo la victoria; de hecho, la victoria se ha vuelto imposible, dada la paridad de fuerzas militares y de defensas geográficas de los tres estados. Se trata, más bien, de una impostura (208), cuyo objetivo es “consumir el sobrante de bienes y ayudar a conservar la atmósfera mental imprescindible para una sociedad jerarquizada. Como se ve, la guerra es ya solo un asunto de política interna” (209). El análisis que hace Foucault de las guerras modernas respalda esa idea:

... ¿decir que la política es la continuación de la guerra por otros medios? Quizá, si aún se quiere mantener una distancia entre guerra y política, se debería adelantar más bien que esa multiplicidad de las relaciones de fuerza puede ser cifrada —en parte y nunca totalmente— ya sea en forma de “guerra”, ya en forma de “política”. (2011: 89)

El libro de Goldstein explica que “en nuestros días [los estados] no luchan unos contra otros, sino cada grupo dirigente contra sus propios súbditos, y el objeto de la guerra no es conquistar territorio ni defenderlo, sino mantener intacta la estructura de la sociedad” (209). Se trata, sí, de una cuestión de política interna: el Partido no busca afirmar su dominio sobre tierras o pueblos ajenos, sino sobre los propios. En consecuencia, la realidad bélica se hace presente ya no solo en los terrenos en disputa, sino también dentro de la propia Oceanía: aunque los ataques aéreos fronteras adentro son más bien esporádicos, la sociedad civil se encuentra, psicológicamente hablando, en un estado de guerra permanente. La verdadera influencia de este espíritu belicista se ve en la exitosa conservación del orden social. Noticias de bajas militares y matanzas contra prisioneros oceánicos, difundidas a toda hora, fomentan la xenofobia y mantienen en marcha el constante clima de odio. Al mismo tiempo, foguean en la población el terror a una eventual invasión extranjera, razón por la cual se acepta cada vez más fácilmente el dominio absoluto del Partido.

La noción de identidad grupal, de pertenencia al colectivo, es fundamental para esto, puesto que las guerras modernas “ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender; se hacen en nombre de la existencia de todos, se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir” (Foucault, 2011: 129). La vida de represión y privaciones generalizadas se acepta entonces como parte inevitable de la defensa del propio pueblo. Respecto a la “intencionalidad” de las malas condiciones de vida, explica Orwell: “La guerra es una manera de pulverizar o de hundir en el fondo del mar los materiales que en la paz constante podrían emplearse para que las masas gozaran de excesiva comodidad y, con ello, se hicieran a la larga demasiado inteligentes” (2008: 200).

Sumado a esto, Foucault también ve en la guerra una forma más de ejercer dominio sobre los cuerpos (2011: 127). Enviar a los propios ciudadanos a morir frente a los tanques enemigos en nada difiere de la aplicación de la pena capital, excepto en el grado de cercanía entre el cuerpo del sujeto y la guadaña del poder. Winston llega a una

conclusión similar, lo vemos cuando equipara “el campo de batalla” con “la cámara de tortura” (Orwell, 2008: 109). En cualquier caso, es claro que el derecho sobre la vida se ejerce “poniendo en acción [...] el derecho de matar, o reteniéndolo” (Foucault, 2011: 127); la regulación de la muerte —de su forma y, más aún, de su momento— resulta entonces fundamental.

“*Hacer morir*” o “*dejar vivir*”, dice Foucault (2011: 127); sin embargo, el Partido parece haber ido un poco más allá: lo vemos cuando Winston descarta la idea del suicidio, argumentando que “las armas de fuego y cualquier veneno rápido y seguro eran imposibles de encontrar” (109). De nuevo, el cuerpo lo traiciona: el temor al sufrimiento físico lo paraliza. El Partido ha monopolizado el derecho a la muerte: *hace vivir* y no *deja morir*, coarta cualquier ideación suicida con potenciales tintes liberadores y obliga a permanecer en una vida sobre la cual tiene absoluto dominio. Se refería Foucault a la muerte como “el momento que no puede apresar; [...] el punto más secreto de la existencia, el más «privado»” (2011: 130). Winston, por su parte, se plantea que la única forma posible de libertad sería “morir odiándolos” (Orwell, 2008: 294), y fantasea amargamente con ser el dueño, si no de su vida, al menos del pequeño instante en que la abandone para siempre.

3.3. AGRESIVO SÍMBOLO DE CASTIDAD

Finalmente, la sexualidad aparece como un potencial punto de convergencia entre la libertad física y la libre interacción emocional. Se convierte, así, en uno de los principales espacios a controlar. La implementación de una política reproductiva estrictamente biológica, despojada de cualquier rasgo de humanidad, no apunta solo a manejar con mayor eficacia los aspectos demográficos, sino que contribuye a proscribir el libre ejercicio de las sexualidades. No por nada el Partido presta tanta atención a este aspecto: Foucault explica que “el funcionamiento del sexo es oscuro; porque está en su naturaleza escapar siempre, porque su energía y sus mecanismos se escabullen; porque su poder causal es en parte clandestino” (2011: 66). La posibilidad de entregarse a una vida sexual libre del yugo de la moral del poder constituye un riesgo para el orden que este intenta salvaguardar, un eslabón débil en la cadena de regulaciones del individuo.

Pensemos en los múltiples simbolismos presentes en la primera escena de sexo entre Winston y Julia: al escenario artificial y gris en el que transcurre la mayor parte de la historia, Orwell contrapone un pequeño claro de bosque, en el que abundan las flores e incluso un pájaro se acerca a cantar. Julia dirá luego: “No cantaba para nosotros. [...] Cantaba para distraerse, porque le gustaba. Tampoco; sencillamente, estaba cantando” (2008: 232). Este acto espontáneo y sin finalidad alguna habría sido imposible en la ciudad, al alcance de las telepantallas, dentro de la dinámica del Partido. Allí afuera, en cambio, los instintos pueden fluir. Los pájaros cantan, y Winston y Julia yacen al aire libre, compartiendo una intimidad que es solamente suya, sin hacer absolutamente nada más: múltiples representaciones de libertad que chocan con la eficiente maquinaria de administración de los cuerpos.

Claro está que este antagonismo entre poder y sexualidad no es un invento moderno, ni surge en la novela como fruto de la ficción: a lo largo de la historia, han entablado siempre una mutua relación de desconfianza. No hace falta ahondar demasiado para ver el rol preponderante que se le ha dado al sexo a lo largo del desarrollo de las diferentes disciplinas que se propusieron estudiar o controlar el hombre. Tanto la teología en la antigüedad como las ciencias humanas modernas lo han visto con suspicacia, conscientes de su potencial como motor de los más diversos actos humanos. Claros ejemplos de esta concepción erocéntrica: el rol de la sexualidad en el desarrollo del psicoanálisis, el confinamiento de sifilíticos en instituciones mentales o “casas para locos” dada su similitud sintomática con la entonces llamada “demencia”, la lucha de la pastoral cristiana por imponer una moral sexual que sirviera de freno a los impulsos del hombre. Los llamados “desviados sexuales” han sido desde siempre individuos indeseables: herejes, enfermos, criminales. Se los ha enviado al infierno, a los hospicios y a las prisiones. Explica Foucault:

Al más discreto acontecimiento en la conducta sexual —accidente o desviación, déficit o exceso— se lo supone capaz de acarrear las consecuencias más variadas a lo largo de toda la existencia; no hay enfermedad o trastorno físico al cual el siglo XIX no le haya imaginado por lo menos una parte de etiología sexual. [...] Los peligros ilimitados que el sexo conlleva justifican el carácter exhaustivo de la inquisición a la cual es sometido. (2011: 66)

Con mayor o menor ferocidad, no ha habido una sola estructura de poder que dejase al sexo libre de toda regulación. Fuerza multiforme y esencialmente inquieta, resulta

“utilizable para el mayor número de maniobras y capaz de servir de apoyo, de bisagra, a las más variadas estrategias” (99). Sus implicancias sociopolíticas no son menores: los potenciales “peligros físicos y morales, colectivos e individuales” (100) que en ella radican obligan a las estructuras de poder a “tomar a su cargo [...] ese germen sexual precioso y peligroso” (100). “Precioso y peligroso” es una definición muy adecuada: así como sus resortes pueden motorizar una enérgica rebelión del instinto, son también una posible usina de fanatismo. En el caso de la novela, esto es notable: el fervor ahogado en las camas encuentra su bocanada de aire en las calles, bajo la forma de desfiles y actos públicos de adoración al líder.

Tomemos como punto de partida la reflexión de Winston respecto a la “conexión directa entre la castidad y la ortodoxia política” (Orwell, 2008: 141). En efecto, el Partido ha hecho de la abstinencia una parte fundamental de la doctrina, y ha instalado entre sus miembros una moral puritana que no solo acompaña el clima de sumisión general, sino que resulta ser uno de sus pilares centrales. Un verdadero devoto del Ingsoc rechazará con asco cualquier contacto sexual; solo se entregará a tan oscuro proceso con fines reproductivos, y lo hará sin encontrar en este ningún atisbo de placer. Más bien, se limitará a afrontarlo como si se tratase de “una pequeña operación algo molesta, algo así como soportar un enema” (73).

Sostiene Foucault que “el poder nada «puede» sobre el sexo y los placeres, salvo decirles no [...]. Sus efectos adquieren la forma general del límite y de la carencia” (2011: 80). Siguiendo esta línea, vemos que algunos entusiastas proponían incluso un celibato absoluto para ambos sexos, y sostenían que “los niños debían ser engendrados por inseminación artificial (*semart*, como se le llamaba en neolengua) y educados en instituciones públicas” (Orwell, 2008: 73). Winston no está seguro de que esta postura extrema realmente tenga numerosos adeptos, pero aun así su enunciación no le sorprende, dado que “[tal idea] estaba de acuerdo con la ideología general del Partido” (73).

La educación respecto a estas cuestiones comenzaba de maneras indirectas desde edades tempranas, y se volvía explícita e intensiva al llegar la adolescencia, tal como cuenta Julia: “A las mayores de dieciséis años les dan conferencias sobre temas sexuales una vez al mes. Y luego, en el Movimiento Juvenil, no dejan de grabarle a una esas

estupideces en la cabeza” (140). Cabe preguntarse, sin embargo, qué puede enseñarse bajo esta lógica de prohibición más que a no hacer, no querer, no saber. El adoctrinamiento apunta, precisamente, a arrancarles “todo sentimiento natural” (75): no se trata de inculcar conocimientos sino de extirpar instintos, de cortar de raíz el desarrollo del deseo.

Winston piensa con gran pesar que, en el caso de las mujeres, este mecanismo había sido exitoso: “La castidad estaba tan arraigada en ellas como la lealtad al Partido” (75). Esta construcción de la sexualidad femenina se basa, paradójicamente, en un elaborado plan que desde el principio apunta a su inexistencia. No obstante, también Winston se encontrará reiteradamente apático, incluso intimidado ante la primera posibilidad real de tener una relación íntima, casi como si su deseo hubiera olvidado la forma de salir de la fantasía. El Partido parece haber logrado entonces “que el sexo renuncie a sí mismo [...] bajo la amenaza de un castigo que consistiría en suprimirlo” (Foucault, 2001: 81). Esta es la explicación que Foucault nos brinda de uno de los tantos métodos represivos a los que echa mano el poder para regular las sexualidades. Lo llamativo, sin embargo, es que resulta extrapolable a cualquier manifestación de individualidad en Oceanía: la consigna del Partido, en todos los casos, no es otra que “renuncia a ti mismo so pena de ser suprimido; no aparezcas si no quieres desaparecer. Tu existencia no será mantenida sino al precio de tu anulación” (81).

Debemos volver, por otro lado, a poner el foco en la cuestión de las contradicciones. Analicemos la figura de la Liga Juvenil Anti-Sex, agrupación que se opone con particular fanatismo a cualquier forma de vida sexual. La prenda distintiva de sus miembros —mujeres, en su mayoría— es una ajustada faja colocada sobre el mono, de un llamativo color rojo. Se revela aquí una de las maniobras del Partido: bajo la fachada de un pregón de castidad, que resulta frustrante de por sí, se acentúa esta frustración al resaltar deliberadamente aquello que se prohíbe. Es por esto que la única excepción al inexpresivo uniforme que desdibuja la distinción de géneros es, al mismo tiempo, el signo característico de las mujeres por completo inaccesibles. Orwell nos muestra los efectos de este contrasentido a través de las reflexiones de Winston:

... se dio cuenta mejor que antes de por qué la odiaba [a Julia]. La odiaba porque era joven y bonita y asexuada; porque quería irse a la cama con ella y no lo haría nunca; porque alrededor de su dulce y cimbreante cintura, que parecía

pedir que la rodearan con el brazo, no había más que la odiosa banda roja, agresivo símbolo de castidad. (2008: 21)

Ya quedó claro cómo la violencia y el odio acumulados son funcionales a los intereses del Partido. Ahora vemos que este contexto de profundo puritanismo, a la vez que frustra a los sujetos, empuja su sexualidad hacia terrenos violentos. Basta un vistazo a las fantasías de Winston: “Por su mente pasaban, como ráfagas, bellas y deslumbrantes alucinaciones. Le daría latigazos con una porra de goma hasta matarla. La ataría desnuda en un piquete y la atravesaría con flechas como a San Sebastián. La violaría y en el momento del clímax le cortaría la garganta” (21). A lo largo de la novela, no parece tener ningún tipo de fantasía que no involucre actos de profundo maltrato o abuso. No es casual, tampoco, que estas ideaciones sádicas ameriten para Orwell una descripción más detallada y recurrente que los encuentros sexuales en sí mismos; estos son apenas mencionados al pasar, y en ningún momento buscan transmitirle al lector un sentimiento apasionado. No parecen tener importancia más que en un sentido argumental: es suficiente con saber que sucedieron.

Winston es consciente de hasta qué punto el sexo se ha corrompido, y de que se han inoculado en él todas las miserias políticas del régimen: tácitamente se estimulaba “la prostitución como salida de los instintos que no podían suprimirse. Esas juergas no importaban políticamente, ya que eran furtivas y tristes y solo implicaban a mujeres de una clase sumergida y despreciada” (73). Tales encuentros, aun cuando no involucraran grandes actos de violencia fáctica, estaban evidentemente teñidos de una forma de violencia simbólica que no puede pasarse por alto: “Los barrios pobres abundaban en mujeres dispuestas a venderse. El precio de algunas era una botella de ginebra” (73). Sin necesidad de latigazos o cortes de garganta, vemos que un sector entero de la población de Oceanía estaba sujeto a servir de escape a la violencia sexual contenida por el resto.

En cualquier caso, esos deslices lejos estaban de resultar satisfactorios. Winston rememora su encuentro con una prostituta en una de esas zonas proletarias, varios años atrás:

Se vio a sí mismo de pie en la mortecina luz con el olor a cucarachas y a perfume barato, y en su corazón brotó un resentimiento que incluso en aquel instante se mezclaba con el recuerdo del blanco cuerpo de [su desaparecida esposa] Katharine, frígido para siempre por el hipnótico poder del Partido. ¿Por

qué tenía que ser siempre así? ¿No podía él disponer de una mujer propia en vez de estas furcias a intervalos de varios años? (75)

Nótese que, incluso al fantasear con una relación marital “a la antigua usanza”, Winston no logra salir de la dinámica cosificadora que el sistema instaló: la idea de “disponer de una mujer propia” describe, más que romance, un anhelo de posesión. Lo que quiere es más bien un territorio físico en el que purgar sus deseos de manera satisfactoria, una fuente de placer que le pertenezca, y que le evite las complicaciones, los riesgos y las esperas de esas sórdidas aventuras en los barrios bajos.

Una línea de análisis complementaria puede llevarnos a la cuestión del manejo de los placeres. En la parte final de la historia, O’Brien le explica a Winston que el poder radica en la posibilidad de infligir sufrimiento (280); por otro lado, también anuncia que “el instinto sexual será arrancado donde persista. [...] Suprimiremos el orgasmo. Nuestros neurólogos trabajan en ello” (280). ¿Cabe, entonces, considerar la potestad sobre el placer como una prolongación de la capacidad de hacer daño? Es fácil advertir que, al negar a los ciudadanos de Oceanía una existencia físicamente satisfactoria, se refuerzan la importancia y la eficacia de las experiencias de éxtasis grupal como los *Dos minutos de odio*. El único amor permitido es el dirigido al Gran Hermano; es también el único placer permitido, exceptuando los placeres mórbidos del odio. Estas experiencias colectivas son entonces la única distracción de la incomodidad física cotidiana. Bien las define Orwell como un “gran orgasmo político” (188). Julia ve muy claro que la descarga de energía sexual mediante los caminos normales atenta contra los intereses del Partido. Así se lo explica a Winston: “Cuando haces el amor gastas energías y después te sientes feliz y no te importa nada. [...] Quieren que estés a punto de estallar de energía todo el tiempo. Todas estas marchas arriba y abajo vitoreando y agitando banderas no son más que sexo agriado” (141).

Es de imaginarse, claro está, que tampoco el matrimonio suponía la chance de una vida sexual satisfactoria; sería absurdo que dejaran ese cabo suelto. Por el contrario, “todos los casamientos entre miembros del Partido tenían que ser aprobados por un comité nombrado con este fin y [...] siempre se negaba el permiso si la pareja daba la impresión de hallarse físicamente enamorada” (73). Winston rememora su propio matrimonio, que mucho distaba de despertar ese tipo de suspicacias. En diálogo con Julia, describe a Katharine empleando una palabra en neolengua: *piensabien*, “ortodoxa

por naturaleza, incapaz de un mal pensamiento” (140). Se queja de su frigidez; al mismo tiempo, cuenta que se obligaba a tener sexo semanalmente, puesto que debían “producir un niño” (74). Los términos que utilizaba para referirse al acto sexual horrorizan a Winston: “hacer un bebé”, o bien —este le parecía aún peor— “nuestro deber al Partido” (74).

Es recurrente la cuestión de la palabra y su complicidad con el poder. Plantea Foucault que esta incitación a nombrar el sexo solo mediante eufemismos es clásica de las sociedades que buscan reprimirlo, “como si para dominarlo en lo real hubiese sido necesario primero reducirlo en el campo del lenguaje, controlar su libre circulación en el discurso, expulsarlo de lo que se dice” (2011: 19). En sus reflexiones sobre este punto nos aporta una explicación magistral de la mecánica que el Partido hace extensiva prácticamente a todo: “... lo inexistente no tiene derecho a ninguna manifestación, ni siquiera en el orden de la palabra que enuncia su inexistencia; y lo que se debe callar se encuentra proscrito de lo real” (81).

Esta mecánica de manipulación dialéctica acompaña el principio de *mutabilidad del pasado* y es, en definitiva, la base del funcionamiento de la neolengua: recordemos el término *nopersona*. Sin embargo, vemos que se hace presente incluso donde esta no ha sido puesta en marcha de forma absoluta aún. Incluso en la “vieja lengua” (inglés) el sexo carece de entidad: no se debe, no se dice, no se hace. Tras ser confinada al terreno político, la relación sexual por sí misma sencillamente ha dejado de existir. Lo que queda es algo que nada tiene que ver con el sexo: apenas una forma más de acatamiento biológico a las órdenes del Partido, o bien la manifestación física de un intento de rebeldía. En cualquier caso, no se logra salir de la red de significaciones que se ha tendido en torno a él: se ha cambiado su eje, y opera ahora como un instrumento de acción política, sea de obediencia o desacato. Tanto la absurda ceremonia practicada por Winston y Katherine durante años como los encuentros con Julia —embebidos de una pretendida actitud subversiva, pero al mismo tiempo practicados a escondidas— son piezas que se juegan pasivamente dentro del tablero que el Partido definió.

Finalmente, en esto radica la verdadera efectividad del mecanismo: cumple con su función aun al ser transgredido, desexualiza la práctica sexual y la convierte en un accionar ideológico que puede ser juzgado y combatido en un marco doctrinario.

Winston se da cuenta de esto, y así lo expresa luego de su primer encuentro con Julia: “Ahora no se podía sentir amor puro o deseo puro. Ninguna emoción era pura porque todo estaba mezclado con el miedo y el odio. Su abrazo había sido una batalla, el clímax una victoria. Era un golpe contra el Partido. Era un acto político” (Orwell, 2008: 134). Lejos de ser una mera consecuencia colateral del aparato represivo, la politización de los placeres es una estrategia plenamente intencionada: lo que se busca es trasladar lo instintivo a un terreno racional. Si la sumisión al Partido se logra —tal como vimos— a través de la conquista de las mentes, por medio de la ideología, el cuerpo no pensante se presenta como un territorio inconquistable: el lugar propicio para que se desarrolle la rebelión.

CONCLUSIÓN

George Orwell ha pasado a integrar la estirpe de escritores cuyo nombre devino en adjetivo, comprensible incluso para quienes no conocen su obra de primera mano. No obstante, el desembarco de *1984* en la cultura popular ha tenido como contracara una desmedida simplificación de su argumento, un reduccionismo de la trama que en ocasiones la ha empujado casi hasta el terreno del cliché. Sea que lo veamos como el fruto de una genuina incapacidad de abordarla en toda su riqueza, o como un intento deliberado de atenuar el impacto de su mensaje, es evidente que gran parte del trasfondo conceptual de la historia ha sido dejado de lado.

Es notable hasta qué punto la cuestión de la vigilancia y las trastocadas alusiones al Gran Hermano parecen haber acaparado por completo la mirada del gran público. No es de extrañar, en una época en la que la privacidad se extingue y las cámaras pululan por doquier bajo las más variadas formas. No obstante, como hemos demostrado a lo largo de estas páginas, es un gran error reducir la novela a un simple tratado sobre la vigilancia gubernamental. Por el contrario, el cuadro que Orwell presenta a través de la ficción es producto de un lúcido análisis del poder y sus resortes, en muchos aspectos comparable con el de teóricos sociopolíticos de la talla de Michel Foucault.

Cada uno a su manera, hemos visto que ambos abordaron la cuestión del cuerpo social y su batalla contra el cuerpo individual, así como de la mente del poder contra el pensamiento libre. Nuestra reflexión final apunta, primero, a sus diferentes concepciones de la naturaleza de hombre: mientras que Orwell pone en boca de Winston argumentos en los que exalta los sentimientos humanos como antítesis a las imposiciones del Partido, Foucault plantea que prácticamente no hay nada en el sujeto que no haya sido puesto allí por los sistemas de poder. Comparten, sí, la noción del *poder productivo*: la generación de saberes oficiales está presente en el pensamiento de ambos. Sin embargo, sus diferencias a la hora de entender al individuo marcan la forma en que esta opera en cada caso: Orwell nos muestra que el Partido *deshumaniza* al hombre, en tanto que Foucault sostiene que son precisamente las estructuras las que lo *humanizan*, puesto que definen los parámetros de lo humano.

Finalmente, vemos que a pesar de recorrer diferentes caminos, terminarán arribando ambos a la misma conclusión: el hombre, tal como lo entendemos, ha muerto. En efecto, visto como una construcción sociocultural moderna, producto de las diversas disciplinas que lo tomaron como objeto de estudio, el hombre muere al apagarse ese espíritu antropocéntrico. Así lo cree Foucault, y lo expresa al correr el eje de su pensamiento y concentrarse en el análisis de las estructuras: para él, el hombre ha muerto porque nuevos paradigmas lo han reemplazado. Orwell, por su parte, pone en boca de O'Brien un discurso muy similar: "Si tú eres un hombre, Winston, es que eres el último. Tu especie se ha extinguido; nosotros somos los herederos. ¿Te das cuenta de que estás solo, absolutamente solo? Te encuentras fuera de la historia, no existes" (2008: 283). Ese *nosotros* que el Partido enarbola como nuevo protagonista del devenir histórico también apunta a hacer del *yo* en un concepto superado. La progresiva eliminación de impulsos y sentimientos, así como el barrido de cualquier rastro de conciencia individual o pensamiento libre, han transformado al hombre en una simple entidad biológica, una máquina viva supeditada a las necesidades del organismo grupal.

Al final de la novela comprobamos que incluso Winston, no obstante su encarnizada resistencia, acaba siendo despojado de su humanidad; sin embargo, esta derrota se vislumbra desde mucho antes de que Orwell la haga totalmente explícita. En los últimos capítulos, aunque humillado, sometido y quebrado física y psicológicamente, continúa aferrándose a sí mismo. Aun en la tortura, lo vemos luchar por mantener su condición de humano, y no duda en considerarse "moralmente superior" (283) a sus verdugos. O'Brien, entonces, le responde con un argumento aplastante: pone a andar una grabación de la noche en la que Winston creyó estar uniéndose a las filas de la Hermandad. En ella puede oírse a sí mismo "prometiendo solemnemente mentir, robar, falsificar, asesinar, fomentar el hábito de las drogas y la prostitución, propagar las enfermedades venéreas y arrojar vitriolo a la cara de un niño" (283). La derrota que alcanza su punto definitivo al final de la historia, entonces, cuando traiciona por completo sus propias ideas y sus sentimientos hacia Julia, fue en realidad un proceso gradual, que se desarrolló con éxito incluso mientras parecía estar fallando.

"Eres el guardián del espíritu humano" (283), le dirá O'Brien finalmente, y esa frase tendrá el peso de una sentencia condenatoria: recae sobre un destrozado Winston la titánica responsabilidad de mantenernos vivos. Imposible, por supuesto; no logra

siquiera sostenerse en pie, y rompe a llorar desconsoladamente. Es un hecho: el hombre ha muerto. Cuán apacible resulta ahora, en contraste, aquella muerte epistemológica que nos ofrece Foucault, y que tan poéticamente expresa al final de *Las palabras y las cosas* (1988): "... podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena" (375). Conviene, quizás, quedarnos con esta imagen.

BIBLIOGRAFÍA

CORPUS ANALIZADO

ORWELL, G. (2008) *1984*, Buenos Aires: Booket.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ARENDT, H. (1974) *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus.

BENTHAM, J. (1995) *The Panopticon Writings*, Londres: Verso.

FOUCAULT, M. (1979) *Microfísica del poder*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.

————— (1988) *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

————— (1996) *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires: Editorial Altamira.

————— (2000) *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France: 1975-1976*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

————— (2006) *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

————— (2006b) *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

————— (2007) *El poder psiquiátrico*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

————— (2007b) *Los anormales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

————— (2007c) *Sexualidad y poder (y otros textos)*, Barcelona: Ediciones Folio.

————— (2011) *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

————— (2012) *El Poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la Prisión y la vida*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

FREUD, S. (1988) *Obras completas, vol. XVII*, Buenos Aires: Orbis.

DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS

FOUCAULT, M. (1988) “El sujeto y el poder” [en línea], *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3: 3-20. [Consultado el 17-01-2016].

Disponible en:

<http://tinyurl.com/jg737v2>.